MIRANDOLINA

(LA LOCANDIERA)

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ESCRITA EN ITALIANO POR

CARLO GOLDONI

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

CRISTÓBAL DE CASTRO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

MIRANDOLINA

MIRANDOLINA

(LA LOCANDIERA)

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ESCRITA EN ITALIANO POR

CARLO GOLDONI

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

CRISTÓBAL DE CASTRO

Se estrenó en el TEATRO DE LA PRINCESA por la Compañía Rosario Pino, el 15 de Octubre de 1913

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MIRANDOLINA		ROSARIO PINO.
HORTENSIA		MARGARITA ROBLES.
DEYANIRA		DORA SÁNCHEZ.
EL CABALLERO	SR.	MARTÍNEZ TOVAR.
EL MARQUÉS		MORENO.
EL CONDE		RIBAS.
FABRICIO		AGUDÍN.
UN CRIADO del Caballero		MANCHA.
UN CRIADO del Conde		ESTRAÑI.

La acción en Florencia, y en el hospedaje de Mirandolina.—Época, 1750



ACTO PRIMERO

Una sala en la hospedería. Puerta al fondo y dos laterales. Muebles y cuadros de la época.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, el MARQUÉS y el CONDE, disputan

MARQ. ¡No faltaba más! Entre usted y yo hay mucha diferencia.

CONDE Usted aquí es un huesped igual que yo. Mi dinero vale tanto como el de usted... y... y...

MARQ. Pero, ¿no está usted viendo que cuando Mirandolina me distingue es por algo?

CONDE ¿Por qué?

MARQ. Porque soy el marqués de Padua...

CONDE Y yo el conde de Albaflorida...

MARQ. Sí, conde, conde. ¡Condado por dinero!

CONDE Yo he comprado mi título y usted ha vendido el suyo. De manera...

MARQ. ¡Oh, es insufrible! Yo soy quien soy y á mí no se me pierde el respeto, ¿estamos?

CONDE Pero, ¿quién pierde aquí el respeto, sino usted? Usted es quien habla con un tono...

MARQ. ¡Naturalmente! Yo estoy aquí de huésped porque amo á Mirandolina. Esto lo sabe todo el mundo. Tengo derecho á que ninguno la mire á la cara... Y si no...

CONDE ¿Y si no, qué?... ¿Es que va usted á impedirme que yo haga el amor como se me antoje? Pues estaría bueno. ¿Por qué cree usted que estoy yo en Florencia? ¿Por qué me hospedo aquí? Por Mirandolina... Nada más que por Mirandolina...

MARQ. Bueno, bueno... De todos modos no va usted á sacar nada en limpio.

CONDE ¿Yo, no, y usted, sí?

MARQ. Yo, sí, y usted, no. ¡Pues no faltaba más! ¡Yo soy quien soy! Mirandolina necesita de mi protección.

CONDE Mirandolina lo que necesita es dinero.

MARQ. ¡Dinero, dinero! (Despectivamente.) ¡Bah!

CONDE Yo pago diariamente un cequí, ¿usted lo oye? Además la regalo muchas cosas...

MARQ. Yo no pregono lo que hago.

CONDE Usted no lo pregona, porque no tiene nada que pregonar... ¡Aquí todo se sabe!

MARQ. No se sabe...

CONDE Sí se sabe. Me lo han dicho los camareros...

MARQ. ¡Los camareros! Habrá sido Fabricio. Ese botarate. Como quiere casarse con Mirandolina...

CONDE Puede ser, no digo que no. Ha seis meses murió su padre y la pobrecilla necesitará un hombre al frente de esto.

MARQ. Bueno, se casa, ¿y qué? Yo he de seguir siendo su protector... Yo haré... Bueno, yo sé lo que haré...

CONDE (Expansivo.) ¡Ah, pícaro! ¿De modo que usted piensa? ¡Digo, digo, los hombres serios! (Pausa corta.) Vamos á ver... Con franqueza... Usted es que conoce á las mujeres como pocos, ¿á que sí?

MARQ. ¡Psé!... (Procurando disimular su vanidad.) ¡Psé!... ¡Psé!...

CONDE ¡Usted es un libertino! (Bromeando.) ¡La de aventuras que tendrá usted que contar! (El marqués á cada palabra del conde, hace gestos de afectadísima modestia.)

MARQ. (Asomándose al foro y llamando.) ¡Camarero! (Al conde el mismo juego de antes.) ¡Psé! (Otra vez llamando.) ¡Camarero! (Aparece al foro Fabricio.)

ESCENA II

DICHOS y FABRICIO

FAB. ¿Llamaba el señor?
MARQ. (Ásperamente.) ¿Señor? ¿Qué es eso de señor?
FAB Perdón.. Es que...
CONDE Diga usted, ¿cómo está la Mirandolina?
FAB Muy bien, ilustrísima.
MARQ. ¿Se ha levantado ya?
FAB. Sí, ilustrísima.
MARQ. Animal...
FAB. ¡Ilustrísima!
MARQ. Pero, ¿qué es eso de ilustrísima?
FAB. El tratamiento que he dado al señor. (Por el conde.)
MARQ. Entre el señor y yo hay alguna diferencia...
FAB (Ya lo creo que hay diferencia...)
MARQ. Dí á la dueña que venga, que necesito hablarle...
FAB. En seguida, excelencia... ¿Es así?
MARQ. Así. Lo sabes hace cuatro meses. Pero eres un impertinente y un necio.
CONDE (A Fabricio, dándole una moneda.) Toma. Un cequí. Para que veas si hay diferencia entre el señor y yo!
FAB. ¡Oh, excelencia! Mil gracias... (Al Marqués.) Ilustrísima...
MARQ. Yo no tiro el dinero como los locos... Avisa á Mirandolina... Ligero, ¿eh? (Sale Fabricio.) ¿Usted cree que me humilla dando cequíes á los camareros? ¡Bah!... Yo valgo por mí mismo, no por el dinero.
CONDE Pues sin dinero, amigo mío...
MARQ. ¿Qué? Ya me voy yo cansando de tanta historia... Sin dinero, ¿qué? La cuestión es ser noble, tener alcurnia... La gente ve á un noble y dice: ¿Ese? Ese es un prócer. Pero ve á un rico que no es noble y dice: ¿Ese? Ese es un asno cargado de dinero.
CONDE Y á usted no le llamarán asno.
MARQ. Desengáñese usted. El dinero es lo de menos. ¿Quién tiene hoy dinero en el mundo?

Los que no tienen otra cosa. Vaya usted viendo; los sabios, los artistas, los héroes, ¿han tenido dinero nunca? ¡Pues entonces!

CONDE No lo han tenido porque no se lo dan. Pero pedirlo... ¡Vaya si lo piden! Créame usted á mí...

MARQ. ¡Yo qué voy á creerle á usted!

CONDE Es usted intolerable.

MARQ. Y usted insufrible.

CONDE Y usted un..

MARQ. Y usted un... (Por la derecha y á los gritos se asoma el Caballero.)

ESCENA III

DICHOS y el CABALLERO

CAB. ¡Señores, señores! ¿Qué gritos son estos? ¿Qué ocurre? ¿Por qué disputan?

MARQ. (Despectivo.) Por nada.

CONDE (Al Caballero.) Que este hombre es una pólvora. Todo ha sido porque yo sostengo que el dinero es preciso en la vida para todo.

CAB. La verdad, marqués, que el dinero...

MARQ. (Irritado.) ¿Y la nobleza? ¿Entonces es que la nobleza no significa nada? ¿Todo del vil metal, del becerro de oro? ¡Pues no señor, y no señor!

CAB. No, la nobleza tiene su lugar...

CONDE Y el dinero el suyo.

MARQ. ¿Entonces por qué es usted conde?

CONDE Por eso precisamente, por el dinero.

CAB. Me parece un motivo demasiado fútil para que dos personas de calidad...

MARQ. Entre el señor y yo hay alguna diferencia.

CONDE ¡Ya lo creo que hay diferencia. El marqués quiere á Mirandolina y yo la quiero más aún. El aguarda que se le rinda simplemente por su nobleza. Yo espero que me corresponda en recompensa á mis atenciones, á mis regalos...

MARQ. Sí, pero lo que hace falta saber es el empeño que yo pongo en este asunto.

CONDE (Al Caballero.) Diga usted que todo es vanidad.

CAB. Dije antes que no comprendía cómo dos caballeros podían disputar en términos tan agrios Pero ahora que conozco el motivo de la disputa, lo comprendo menos. ¡Disputar por una mujer! Una mujer le pone á usted irritado, y á usted iracundo. ¡Una mujer! ¡Vamos, que no me cabe en la cabeza! Pero ¿ustedes que creen que es una mujer?

MARQ. Oiga usted, oiga usted; que Mirandolina no es una mujer cualquiera...

CONDE En eso dice bien el marqués. Mirandolina tiene un mérito extraordinario.

MARQ. Cuando yo la protejo ya se puede usted figurar que tendrá cualidades superiores.

CAB. Pero ¿qué puede tener ella que no tengan las demás?

MARQ. Es bella, distinguida...

CONDE Viste con mucho gusto, habla bien...

CAB. ¿Y eso es todo? Tres días llevo aquí y ni siquiera la he dicho una palabra. ¡Las mujeres! ¡Bah!

MARQ. Porque no se ha fijado usted. ¡Con aquellos ojos!

CONDE Pues ¿y cuando se ríe? ¿Ha notado usted los dos hoyos?...

MARQ. ¿Y el andar? Tan sereno, tan gallardísimo, tan...

CONDE No, no, no... Cuando hay que verla es cuando mira así...

MARQ. ¿Así? ¿Pues no dice que mira así? Mira así... un poco atravesado. ¡Con una gracia!

CAB. ¡El par de locos! Dos hombres respetables desquiciados por una mujer. Si se viesen ustedes así ante un espejo... ¡Ja, ja, ja!

CONDE Le digo á usted que no la conoce. Yo soy un hombre acostumbrado á tratar mujeres y. . vamos... ¡cuando yo he caído!

MARQ. Yo he tratado á las damas de más alcurnia y no he encontrado una que tenga, como tiene Mirandolina, tan alta idea de la dignidad y del decoro.

CONDE ¿Pues y yo? Después de tanto tiempo de cortejarla y de tantísimos regalos, no he podido tocarla ni un dedo... ¡Yo!... ¡Yo!

CAB. Arte, perfidia, engaño, ¡Infelices! ¿Y ustedes creen esas cosas? A mí, no. A mí no me la dan. ¡Mujeres! A la larga, todas lo mismo. ¡Bah!

CONDE ¿Usted no ha estado enamorado nunca?

CAB ¿Yo?... ¿Yo? ¡Quite usted, hombre!

MARQ. Pero siendo usted noble é hijo único ¿no ha pensado en la sucesión?

CAB. Ya lo creo. Bastantes veces. Mas cuando considero que para tener hijos hay que aguantar á una mujer... ¡antes me ahorcan!

CONDE Entonces ¿qué va usted á hacer de su fortuna?

CAB. Pues lo que hago; disfrutarla con mis amigos.

MARQ. (Al Conde.) No crea usted que es un disparate. Creo que los amigos somos también muy útiles...

CONDE (Al Caballero.) ¡Somos! Ya puede usted irse preparando.

MARQ. ¿Y con las mujeres ni esto?

CAB. Si tuviesen que vivir de mi dinero... le aseguro á usted...

CONDE Hombre... Aquí viene Mirandolina. ¡Mire usted qué ojos!

MARQ. ¡Vea usted qué majestad, qué gentileza!

CONDE ¡Qué mujer!

CAB. (Burlón.) ¡Oh, qué asombro, qué maravilla! Prefiero una buena perra de caza...

CONDE (Disgustado.) Oiga usted...

MARQ. (Idem.) Oiga usted...

(Por el foro Mirandolina, con delantal y cofia.)

ESCENA IV

DICHOS y MIRANDOLINA

MIR. Buenos días. ¿Me llamaba alguno de los señores?

MARQ. Yo la he llamado; pero no aquí.

MIR. ¿Dónde me llamaba su excelencia?

MARQ. A mi cuarto.

MIR. ¿A su cuarto? Entonces avisaré al camarero.

MARQ. (Al Caballero.) (¿Ha oído usted? ¡En seguidita entra en ningún cuarto!)

CAB. (Al Marqués.) (¡Hipocresía! ¡Farsa!)

CONDE Yo, querida Mirandolina, no la digo á usted que vaya á mi cuarto, porque no tengo inconveniente en hablarla aquí... (Sacando un estuche.) Mire usted estos pendientes... ¿Le gustan?

MIR. Preciosos.

CONDE Fíjese; son brillantes.

MIR. Ya lo he visto. ¡También entiendo algo de joyas! ¡Preciosos! ¡Preciosos!

CONDE Pues son para usted.

CAB. (Al Conde.) (¡Así, así! ¡Arruinarse!)

MIR. ¿Por qué me ofrece usted los brillantes?

MARQ. (Al Conde.) Pero ¿usted cree que esas orejitas necesitan brillantes?

CONDE Acéptelos usted como testimonio de mi amor...

MIR. ¡Oh, señor conde! ¡Amor!

CAB. (Loco, más que loco.)

CONDE Si me desprecia usted...

MIR. No sé qué hacer... No sé qué decir... No debiera aceptarlos... Pero si el señor conde... ¿Cómo he de despreciar al señor conde? (Toma el estuche.)

CAB (¡Lástima de horca!)

CONDE (Al Caballero.) (¿Ha visto usted cuánta delicadeza?)

CAB (¡Mucha, mucha!)

MARQ. Verdaderamente, conde, lo que ha hecho usted...

CONDE ¿Qué he hecho?

MARQ. Eso de regalar á una mujer en público... ¿Verdad, Mirandolina? ¿A que la propia Mirandolina confiesa que hay mucha diferencia entre usted y yo?

MIR. ¡Oh, sí, sí! ¡Mucha! ¡Mucha!

MARQ. (Al Conde.) ¿Lo ve usted?

CONDE (Al Marqués.) ¿Lo ve usted?

CAB. (A Mirandolina.) Ya que está usted aquí, tenía que decirla que las sábanas que me han puesto son muy bastas. Si no las tiene usted mejores enviaré á mi criado por otras más finas.

MIR. ¡Ay, Jesús! Se pondrán más finas, descuide

el señor. Pero creo que podía hablarme un poco menos altaneramente. ¡Siquiera porque soy una mujer!

CONDE (A buena parte vas.)

CAB. Yo, donde gasto mi dinero, no acostumbro á tener cumplidos, ¿lo oye usted? Y en cuanto á que es usted mujer, me da lo mismo.

MIR. (¡Qué hombre! ¡Qué barbaridad!)

CONDE (A Mirandolina.) No haga usted caso... Es un enemigo mortal de las mujeres... Compadézcalo usted...

CAB. Yo no tengo necesidad de que me compadezcan. Y las mujeres, menos.

MIR. ¡Pobres mujeres! ¿Qué le han hecho? ¿Por qué tanto rigor con nosotras, señor caballero?

CAB. Por lo que sea, ¿entiende usted? No acostumbro á dar confianzas á nadie. O me ponen mejores sábanas ó las comprará mi criado. (Al Marqués y al Conde.) Señores... A sus órdenes.

(Mirandolina lo ve ir, entre irritada y burlona. Va tras de él hasta el foro, y cuando sale el Caballero le amenaza, en silencio, con los puños cerrados. Después, de cara al público, se echa á reir.)

MIR. ¡Ja, ja, ja! Pero ¿han visto ustedes que salvaje? ¡Qué barbaridad!

MARQ. No haga usted caso. Detesta á las mujeres porque cree que todas son iguales. Claro, el pobre no la conoce á usted.

MIR. Pues como se me ponga á mí en la cabeza, me va á conocer. Estoy por ponerlo en la calle...

MARQ. Cuando usted quiera. Y si se resiste, no tiene usted más que decirlo; aquí estoy yo.

CONDE Y si es por perder un huésped no lo deje usted tampoco. Aquí estoy yo, que pagaré gustoso su hospedaje con tal de que se vaya.

MIR. Gracias, señores, muchas gracias. Pero no hace falta. Para despedirlo me basto yo sola. Y en cuanto á perder un huésped, ya saben ustedes que en mi casa no hay nunca un cuarto desocupado. ¡Pues no faltaba más! ¿Que no le importan las mujeres? ¡Eso ya la veremos! ¡Vaya si lo veremos! (Fabricio por el foro.)

ESCENA V

DICHOS y FABRICIO

FAB. Preguntan por el señor conde.

CONDE ¿Quién es?

FAB. El dependiente de una joyería. (*A Mirandolina.*) ¿Qué haces aquí? Este no es tu sitio. (*Sale.*)

CONDE ¡Ah! ¿De la joyería? Vendrán con un collar... Compañero de los pendientes, Mirandolina.

MIR. Por Dios, señor conde...

CONDE Usted merece eso y mucho más. ¿Para qué quiero yo el dinero? Vamos á ver qué tal es el collar. Adiós, Mirandolina. Hasta luego, marqués. (*Sale.*)

ESCENA VI

MIRANDOLINA y el MARQUÉS

MARQ. (*Aparte, por el Conde.*) (¡Imbécil! No hace más que humillarme con su dinero.)

MIR. ¿Qué le parece al señor marqués de tanta joya?

MARQ. ¿Que ha de parecerme? Que le costarán cuatro sueldos porque serán malas, y él se da tono con usted regalándolas como buenas. Es un imbécil, un estúpido, un mentecato. No hace más que regalar y regalar por vanidad, por darse tono. ¡Regalar! ¡Regalar!

MIR. (*Zumbona.*) Pero, señor marqués, los regalos no ofenden. ¡Digo, me parece!

MARQ. ¿Cómo que no ofenden? ¡Humillan, avergüenzan! ¿Pues por qué no regalo yo? ¡Por eso! Regalan los aparatosos, las gentes de poco más ó menos. ¡Pero las personas de distinción! ¡Los espíritus refinados!

MIR. Me parece, señor marqués, que los reyes también regalan.

MARQ. (*Confuso.*) ¡Los reyes! ¡Los reyes! Pero no son regalos, sino presentes, obsequios, agasajos.

No es el acto humillante y grosero de enviar joyas, como diciendo:—«Tú no las puedes costear porque eres un pelagatos.» ¿Qué cree usted, que ese imbécil no la humilla regalándola cada día una cosa? ¡Y qué regalos! Todavía si fuesen flores ó dulces, pase. Pero joyas... ¿Yo que habia de regalar joyas? Primero me ahorcan. ¡Brrr!

MIR. Lo creo; señor marqués. Pero, vamos, á mí me parecía... como una no está al tanto...

MARQ. ¿Le parece á usted ¿Tengo dinero? Pues que se entere todo el mundo. ¡A ver! Unos pendientes. ¡A ver! Un collar... ¡Hombre, por Dios! ¡Ni que se tratase de indios! ¿Qué hacía Colón con los salvajes de América? Esto, ni más ni menos que esto. (Notando que Mirandolina ríe.) ¿Verdad que es así? Claro, una mujer inteligente, en seguida cae en la cuenta.

MIR. Es que lo de Colón tiene gracia...

MARQ. ¡Naturalmente! ¡Conquistaba á los salvajes con regalitos! Creerá ese majadero que á usted se la conquista con regalos? ¿Verdad que no?

MIR. ¡Señor marqués, por Dios!

MARQ. Yo no regalo, porque sé lo que es delicadeza. Pero le juro á usted que muchas veces envidio á ese necio.

MIR. ¿Por el dinero?

MARQ. ¡Qué dinero! Ya sabe usted que á mí el dinero...

MIR. ¡Ya! ¡Ya!

MARQ. Lo envidio por su ridiculez. Si yo fuese un tipo ridículo como él...

MIR. ¿Qué haría vuecencia?

MARQ. Pues una cosa muy ridícula; casarme. (Sale foro riendo.)

ESCENA VII

MIRANDOLINA sola

¿Ah, sí? ¿Conque el excelentísimo señor marqués de Padua se casaría conmigo? Muy bien. Pero es que habría una pequeña dificultad... La de que yo no quiero. No digo yo

con un marqués tronado, sino ni con... ¡Jesús! Me gusta mucho ser dueña de mi casa, y mandar yo... (Pausa.) Pero no se me olvida aquel salvaje, diciéndome: «Y si no me ponen mejores sábanas, me voy.» ¡Pues váyase de una vez! ¿Habráse visto cosa igual? De modo que todos los que vienen á mi casa, me buscan, me regalan, me sonríen, me bailan el agua.., se quieren casar conmigo... están locos tan solo de que yo los mire... y ese estúpido, más que estúpido, grosero más que grosero, me trata desdeñosamente? ¿Ah, sí? ¡Pues lo veremos! (Pausa corta.) ¡Enemigo de las mujeres! ¡Que nos desprecia á todas! ¡Que le importamos un comino! ¡Porque no ha dado todavía con una mujer, mujer! ¡Ya lo creo! (Otra pausa corta.) ¡El marqués! A mí la nobleza me gusta, sí, pero no es cosa que me quite el sueño. ¡El conde! El dinero lo estimo y no lo estimo, según. Lo único que de verdad me gusta, me encanta, vamos, que me vuelve loca; es que me sonrían, que me enamoren, que me regalen... Eso sí, no lo puedo remediar. En lo que menos pienso es en casarme. No tengo ninguna necesidad; vivo decentemente; disfruto de mi libertad, Pero ese hombre.., Mire usted que decirme á mí, en mi cara, que le da igual que yo sea hombre que mujer .. ¿Igual?... (Fabricio por el foro.)

ESCECENA VIII

MIRANDOLINA y FABRICIO

FAB. ¿Mirandolina?

MIR. ¿Qué hay?

FAB. El número tres que está armando una gritería. Dice que las sábanas son muy bastas...

MIR. Lo sé, lo sé. Me lo ha dicho á mí misma. Vamos allá.

FAB. Bueno; saca la ropa, que hay que llevársela en seguida, porque tiene un genio...

MIR. Deja, yo misma se la llevaré.

FAB. ¿Tú?

MIR. Yo, sí, yo.

FAB. Me parece á mí que ese huesped... (Nada, nada. Con esta mujer es imposible.)

MIR. ¿Qué te parece á ti? (No conviene apretar mucho la cuerda. Hay que seguir un ten con ten.) Lo que me parece á mí es que llevas unos dias...

FAB. Sí, señor, ea; los cosas claras. Llevo unos días disgustado. Primero el marqués, luego el conde, luego el caballero del tres... Cada vez más regalos, y tú cada vez más amable. Eso no es lo tratado, Mirandolina.

MIR. (Riendo.) ¡Jesús, Jesús! Pues no tienes tú humos que digamos! Cualquiera que te oyese creería que eres mi marido, ó poco menos. ¡Lo tratado! Y ¿qué es lo tratado?

FAB. Demasiado lo sabes. Que tu padre al morir dejó dispuesto que nos casaríamos. Pero por el camino que vas...

MIR. (Aparte.) No hay más remedio. El ten con ten. (Fingiendo indignación) Pero ¿tú sabes lo que dices? ¿Qué te has creído? Yo me casaré cuando quiera y con quien quiera. Aquí no hay más convenio que uno; yo soy la dueña, y tú un camarero como los demás. Si lo quieres así bien, y si no con tomar la puerta...

FAB. (Estupefacto.) ¿Que yo soy un camarero como los demás? (Compungido.) ¿Que yo soy un camarero como los demás?...

MIR. No, hombre, no... Ya sabes lo que quiero decir. Es que nunca te pones en lo justo. ¿Que soy amable con los huéspedes? Naturalmente. Como que en cuanto no sea amable se me van. Pero ¿tú quién te crees que soy yo? ¿Una coqueta, una loca? Los trato bien por el crédito de mi casa. ¿Que algunos me regalan? ¡Bueno! ¿Que otros me hacen el amor? ¿Y qué? Con tomar los regalos y dejar los amores, estoy en mi sitio. Créeme, Fabricio, cuando yo hago las cosas por algo es. Y en cuanto á casarme... (Con picardía.) Mírame bien. (Suspira.) Me parece que si no eres tonto, te he dicho bastante.

FAB. (Confuso.) No sé, no sé. No hay quien te entienda. Ahora me dices eso... Antes dijistes

que era un camarero como los demás... Lo que me pasa á mí contigo, ¿sabes? Lo que me pasa á mí contigo...
(Caballero dentro foro izquierda.)

CAB. ¡Camarero! ¡Camarero! ¿Pero qué casa es esta?

MIR. (¡El salvaje! (A Fabricio.) Vé á ver qué quiere ese gruñón. Corre. Yo voy á sacar la ropa. (Sale foro.)

FAB. Voy en seguida.

CAB. (Idem id.) ¡Camarero! ¡Camarero!

FAB. ¡Que voy!... (Sale foro derecha.)
(Se oyen dentro un instante las voces del Caballero y de Fabricio, y disputando entran en escena.)

ESCENA IX

EL CABALLERO y FABRICIO

CAB. (Abriendo una carta.) Nada, nada. Se lo dice usted así.

FAB. Ya ve el señor...

CAB. Basta. (Fabricio va á la puerta.) ¡Ah! ¡Que traigan el chocolate en seguida!

FAB. En seguida, señor.

ESCENA X

El CABALLERO y luego el MARQUES

CAB. (Leyendo la carta.) Lo de siempre. «Querido Horacio: sabrás que ha muerto el conde Mana y que ha dejado una hija única con un dote de cien mil escudos...» (Aburrido.) ¡Lo de siempre! ¿Qué me importan á mí cien mil escudos? Mi familia intenta acorralarme, casarme á la fuerza y yo no he de casarme de ningún modo... (Guardándose la carta) Es inútil; conmigo no juegan las mujeres, Antes me ahorcan.

MARQ. (Por el foro.) ¡Hola! ¡Hola! ¿No le molesto?

CAB. ¡Hombre, por Dios, de ningún modo!

MARQ. Con personas como usted, da gusto. Pero con majaderos como el conde... ¿Ha visto usted qué hombre más estúpido?

CAB. Querido marqués, para que le respeten á uno, tiene uno que respetar.

MARQ. Perfectamente. ¿Me quiere usted decir si hay hombre más respetuoso que yo? Soy la cortesía andando. Me encanta tratar bien á todo el mundo... Pero con el conde, no puedo, es que no puedo.

CAB. No puede usted, porque es su rival en amores. ¡Qué vergüenza, marqués! ¡Un hombre como usted enamorarse de una hostelera! ¡Un hombre como usted hacer el ridículo por una mujer como lo está usted haciendo!

MARQ. ¡Ah, amigo mío! Los secretos del amor. Es el tirano de la vida. Cuando le llegue á usted la suya..

CAB. ¿La mía? Descuide usted que no me llega. Eso le llega al que quiere, pero al que no quiere..

MARQ. Sí, pero el hombre dispone... Vea usted lo que me ha pasado á mí con mi administrador...

(Entra un criado con el chocolate. El Caballero lo examina, hace gestos de desagrado y lo rechaza.)

CAB. ¿Chocolate sin leche? ¡Puf! Llévatelo.

MARQ. ¿Sin leche? Déjalo ahí. (Al Caballero, sonriendo.) No me gusta más que sin leche, para que vea usted.

CAB. Sí, sí; va en gustos.

MARQ. (Sorbiendo el chocolate.) Pues sí, señor, mi administrador me ha hecho una... Como que, sencillamente, le cuesta el cargo.

CAB. Pues ¿qué ha sido?

MARQ. ¡Figúrese usted! Tenía que enviarme hoy mismo cien escudos y...

CAB. Y...

MARQ. Y... ¡Figúrese usted!

CAB. Mañana se los enviará.

MARQ. Si ese es el caso; que tenía que ser hoy mismo. He dado mi palabra, y usted sabe lo que es la palabra de un caballero. (Aparentando no darle importancia.) ¿Sabe usted que este chocolate?...

CAB. ¿Sí?...

MARQ. He dado mi palabra. . y aquí me tiene usted. ¡Por cien escudos! .. (Sorbe el chocolate.)

CAB. ¡Hombre, me ha convencido usted!... (El Marqués se alboroza, el Caballero se levanta, llega al foro y llama.) ¡Camarero! Otro chocolate como este. ¡Lo toma usted con tanto apetito, que no he podido resistir!. .

MARQ. ¡Apetito! Pues crea usted que con eso de mi administrador...

CAB. ¡Bah! Le enviará el dinero mañana.

MARQ. Pero si ese es el caso... Que tenía que ser hoy... ¿Usted podría adelantarme?...

CAB. Yo lo siento, marqués. Pero también estoy...

MARQ. ¿Me querrá usted dar á entender que no tiene dinero?...

CAB. (Sacando unas monedas.) Este es todo mi capital...

MARQ. (Examinando las monedas que tiene el Caballero en la palma de la mano.) ¿Esto es un cequí de oro?

CAB. Sí, señor; un cequí. El último que me queda...

MARQ. (Tomando el cequí.) ¡Ah, pues con este tengo bastante!... ¡No tomo más, no insista usted! (Yendo al foro.) Que no, que con el cequí tengo bastante! Que no señor... (Saliendo foro.) ¡Que no señor!

CAB. (Viéndole ir estupefacto.) ¡Bueno! (Pausa corta.) Depués de todo, me ha salido barata. ¡Quería cien escudos!... Ea... Esta es la nobleza florentina... Mucha alcurnia, mucho blasón y toman el primer cequí que hallan á mano. (Por el foro, con sábanas de encaje. Mirandolina. Al ver al Caballero, que da la espalda, hace un mohín de amenaza. Luego fingiendo sorpresa, da un grito. El Caballero al verla, da muestras de disgusto. Mirandolina, sonriente, hace una reverencia. Ambos quedan así un instante.)

ESCENA XI

El CABALLERO y MIRANDOLINA

MIR. ¡Ay!

CAB. ¿Qué?

MIR. Perdón, señor... Creí que estaba en su cuarto.

CAB. (Asperamente.) Bueno: ¿qué quiere usted?
MIR. (Amablemente.) Traigo la ropa de su cama.
CAB. Bien. (Indicándole un velador.) Póngala ahí.
MIR. Quisiera que antes se dignara el señor mirarla.
CAB. (Acercándose de mala gana.) A ver...
MIR. Vea el señor. Holanda finísima...
CAB. ¿Holanda?
MIR. De á tres escudos la vara, sin el encaje...
CAB. ¡Ah, también con encaje! (Palpándolo.) ¡Y es de Venecia! ¡No, no! ¡Lléveselo! ¡Yo no he pedido tanto!
MIR. Estas sábanas no las pongo más que para los personajes... Vea el señor... Son riquísimas... ¿Se las pongo, señor?... A otro no se las pondría por nada del mundo... Al señor, por ser quien es, sí.
CAB. ¿Por ser quien soy? ¡Admirable cumplido!
MIR. (Mostrando un mantel.) Este mantel...
CAB. ¡Oh! ¡Magnífico! ¡Magnífico! Pero es adamascado... Estas telas, cuando se lavan pierden mucho... No, lléveselo, lléveselo...
MIR. ¡Qué he de llevarme! ¡Este mantel y estas servilletas son para el señor!... ¡No faltaba más!
CAB. (No, la verdad es que se hace simpática.)
MIR. (Tiene cara de no gustarle las mujeres... No hay más que verlo.)
CAB. Bueno. Pues dele eso á mi criado ó póngalo ahí encima. No hay necesidad de que usted se moleste.
MIR. No, si no es molestia. Tratándose de personas como el señor, lo hago siempre con mucho gusto.
CAB. Bien, bien. (¡Me está adulando! ¡Pues lo que es á mí!... ¡Mujeres! ¡El que no las entienda que las compre!)
MIR. Pues voy á dejar esto en su cuarto.
CAB. Donde usted quiera.
MIR. (Entrando izquierda.) (¡Es un salvaje!)
CAB. Esta cree que con buenas palabritas... Pues no señor... Yo no soy ni el marqués, ni el conde. Lo que es conmigo no valen dulzuras...
MIR. (Saliendo sin la ropa.) ¿Qué desea el señor para comer?

CAB. Cualquier cosa. Lo que haya.

MIR. Lo digo por saber sus gustos. Si prefiere un plato especial, dígalo con toda confianza.

CAB. Si se me ocurre ya se lo diré al camarero.

MIR. Sí, pero es que los hombres no entienden de estas cosas. Si le gusta al señor un frito, una salsa, un postre cualquiera, le agradeceré que me lo diga.

CAB. Muchas gracias. Pero le advierto á usted que conmigo no se hace lo que con el marqués y el conde.

MIR. ¡Ave María! ¡Lo que con el marqués y el conde! Están aquí de huéspedes, y naturalmente hay que atenderlos... ¿Que me dicen que están enamorados de mí? ¡Como si una no tuviera en qué pensar más que en enamorarse! Yo estoy á mi negocio, y nada más que á mi negocio. Les hablo, les sonrío... después... me río como una loca... ¡Ja, ja, ja!

CAB. ¡Hombre! ¡Me gusta esa franqueza! ¡Me gusta!

MIR. Yo no tendré otra cosa, pero franqueza...

CAB. Sí, pero también sabe usted fingir.

MIR. ¿Fingir? ¿Yo fingir? Pregúnteles el señor. Ni al conde, ni al marqués, ni á nadie le he dicho una cosa por otra. Bromear todo lo que quieran; pero en serio, nunca... Ni á ellos ni á ninguno. A mí los hombres mujeriegos, que no hacen más que ir detrás de todas, me revientan... Como se lo digo. Me parecen tan ridículos como las mujeres que no se ocupan más que de rendir hombres. Ya ve usted; yo no soy un adefesio; tengo algunos ahorros; estoy sola en el mundo... Pues, sin embargo, no pienso en casarme... Prefiero estar así, con tal de conservar mi libertad.

CAB. ¡Ah, ya lo creo! ¡La libertad es un gran tesoro!

MIR. Pues ya ve usted si hay gente que lo pierde tontamente.

CAB. ¡Uy!

MIR. El señor, ¿es casado?

CAB. ¡Dios me libre! ¡Ni lo soy ni lo seré!

MIR. Muy bien. Las mujeres, señor... Bueno. No

soy yo la llamada á hablar mal de las mujeres.

CAB. Pero es usted la única mujer que habla de ese modo.

MIR. Le diré, señor. Nosotras, las hosteleras, como tratamos gentes tan distintas, vemos muchas cosas... Y la verdad, nos reímos de los hombres que tienen miedo á nuestro sexo.

CAB. (¿Eh?)

MIR. (Fingiendo que se va.) ¿El señor necesita alguna cosa?

CAB. ¿Tiene usted mucha prisa?

MIR. No quiero importunar...

CAB. No importuna usted. Al contrario. Me gusta esta conversación. Me divierte.

MIR. ¿Ve el señor? Pues lo mismo me pasa con los otros. Me entretengo charlando, les digo cuatro tonterías, les gasto cuatro bromas... y ellos, entretenidos, me dicen siempre: «No se vaya usted.»

CAB. (Sin poder contener el disgusto.) Es natural. Es usted tan agradable con todos...

MIR. Muchas gracias, señor; es usted muy amable...

CAB. ¿Y si alguno se enamora de usted?

MIR. ¿Enamorarse?... ¿Así, de pronto?... ¡Vamos!...

CAB. No lo he podido comprender nunca.

MIR. ¡Admirable energía! ¡Incomparable fortaleza!

CAB. ¡Enamorarse!... Es la mayor debilidad, la más triste flaqueza humana...

MIR. ¡Así piensan los hombres que son hombres! ¿Quiere el señor darme la mano? (Señalándola.)

CAB ¿Para qué voy á dar la mano?

MIR. Para una cosa... ¡Mire el señor qué las tengo limpias!

CAB. Allá va.

MIR. (Estrechándole la mano.) Esta es la primera vez que tengo el honor de apretar una mano de hombre hombre. (Retira la mano.)

CAB Bien, bien... Basta...

MIR. ¿Ve el señor? Si le hubiese dado la mano al marqués ó al conde, se hubieran creído que estaba enamorada de ellos, que me había

vuelto loca. A ninguno de los dos daré jamás la más pequeña libertad... En cambio, aquí... ¡Bendita sea la conversación sin malicia, ni suposiciones, ni interés por nadie... Perdóneme el señor si he dicho alguna impertinencia... Pero ya conocido, le serviré con más gusto que á nadie.

CAB. ¿Por qué con más gusto que á nadie?

MIR. Porque, además de su persona, tiene el mérito su modo de ser. Porque con el señor puede una tener franqueza, espontanearse, hacer un sin fin de cosas sin que sospeche nadie que una intenta enamorar al señor.

CAB. Es que sería inútil.

MIR. Pues por eso... no puede sospecharlo nadie.

CAB. (¡Caramba! Pues me estoy poniendo yo no sé cómo...) Si tiene usted algo que hacer...

MIR. Mucho. Pero como el señor me rogó antes que me quedase... Si el señor necesita algo, enviaré al camarero.

CAB Bien. Pues si necesito algo la llamaré á usted.

MIR. Yo no acostumbro á ir á los cuartos de mis huéspedes. Pero al del señor iré alguna vez.

CAB ¿Por qué á los otros no y al mío sí?

MIR. Porque el señor me gusta y los otros no.

CAB ¿Que yo le gusto á usted?...

MIR. ¡Mucho! Me gusta porque no es mujeriego, porque no es de los que se enamoran... (Hace una reverencia y va á salir.) (¡Salvaje! ¡Ya te lo diré yo, ya!)

ESCENA XII

El CABALLERO, solo

Bueno.. Yo sé lo que me hago. Con las mujeres, á la larga... Y ésta es una de las de á la larga... La verdad es que tiene una franqueza, un modo de decir las cosas... una... un... Algo tiene de extraordinario, no cabe duda... Pero también yo tengo algo de extraordinario, ¡qué diantre!: el conocerlas. A la larga, todas iguales. Después de todo,

para divertirse, lo mismo da esta que la otra. ¿Enamorarse? ¿Perder la libertad? (Asoma por la izquierda el criado del Caballero.)

ESCENA XIII

El CABALLERO y su CRIADO

CRIADO Señor, que es la hora de escribir.
CAB. Vamos allá...
CRIADO Han llevado unas sábanas con encajes...
CAB. Bien... Se ponen...
CRIADO Y unos manteles... Y unas servilletas... (Entran los dos por la izquierda.—Queda la escena sola unos segundos y aparecen en el foro, precedidas de Fabricio y vestidas con elegancia llamativa, Deyanira y Hortensia.)

ESCENA XIV

HORTENSIA, DEYANIRA y FABRICIO

FAB. Este es el saloncito. Aquí están los huéspedes más distinguidos. Allí (Izquierda.) el señor conde de Albaflorida.
HORT. (A Deyanira.) ¿Lo ves?
DEYAN. (A Hortensia.) ¡Chis! ¡Calla!
FAB. Allí (Derecha) un señor caballero napolitano.
HORT. ¿Y no hay aquí habitación para nosotras?
FAB. No, no, señora. Aquí precisamente, no.
DEYAN. ¡Ah, pues entonces... (A Hortensia.) Me parece, condesa...
HORT. ¡Baronesa, por Dios!... ¡No sea usted impaciente!
DEYAN. (A Fabricio.) Diga usted á la dueña que venga.
FAB. Sí, señora condesa... Sí, señora baronesa... En seguida. (Qué lástima que no tengamos un palacio.) (Salen por el foro.)

ESCENA XV

HORTENSIA y DEYANIRA

Apenas sale Fabricio examinan las puertas, y convencidas de que no las ven, dejan sus cabases y ríen maliciosamente

HORT. ¡Ja, ja! Se lo ha creído... ¿Estás viendo?

DEYAN. Pero, Hortensia... Eres el demonio... ¿Qué necesidad hay de estas cosas?

HORT. Pues que no hay más remedio, hija. En la situación en que estamos no hay más remedio.

DEYAN. Pero, ¿quieres decirme qué hacemos aquí? Este es un hospedaje caro...

HORT. Precisamente. ¡Una condesa y una baronesa no se van á hospedar en un cutrichil!

DEYAN. No te entiendo.

HORT. Yo si me entiendo. ¡Vaya! ¿No está el conde hospedado aquí? ¿No sabemos que es rico y se desvive por las mujeres?... Pues ahí lo tienes todo.

DEYAN. Pero ¿te conoce?

HORT. Pues por eso; porque no me conoce. ¿Tú crees que si me conociera?... (Fijándose en Deyanira.) ¡Tonta! ¿Es la primera vez que nos encontramos sin dinero? Pues entonces...

DEYAN. Sí, pero como quieres que pasemos por condesas ó baronesas... Yo, la verdad...

HORT. Pero ¿es la primera vez que has hecho en el teatro de baronesa? ¿No es mucho más difícil sostener un carácter en el teatro que en una hospedería? Vamos, repórtate, serénate, y oído á la caja, que se va á empezar...

DEYAN Pero si no tenemos ni un escudo...

HORT. Por eso trabajamos, para tenerlos. Más difícil es ganarlos en el teatro que en la vida. Para el teatro se necesitan ciertas condiciones; para la comedia humana, no hay más que ser hombre ó mujer...

DEYAN. ¡A quien se le diga!... Mira, Hortensia, yo estoy muy apocada... ¿Qué quieres? ¡No lo puedo remediar! Yo no sirvo para estas cosas...

HORT. Eso creerás tú. Para estas cosas sirve todo el mundo, tonta. Con tal de no ser un adefesio, sirve todo el mundo, créeme á mí. Además, no me vengas con historias. Bien que servías con el caballero Héctor.

DEYAN ¡Ah! ¡Es que Héctor se me declaró!

HORT. ¿Y aquel muchacho rubio de Verona?

DEYAN. ¿Lorenzo? También se me declaró...

HORT. ¿Y el senador? ¿Y el violinista? ¿Y el capitán? ¿También se te declararon? Vamos, déjate de pamemas, que no podemos perder tiempo... El conde es rico. Hay que entrar en fuego, en seguida.

DEYAN. (Yendo al espejo.) ¿Y dices que le gustan las morenas?

HORT. Y las rubias... y las castañas... Todas, todas...

DEYAN ¡Ay, Jesús! Pero ese hombre es un sátiro. (Componiéndose ante el espejo con coquetería.) ¿Traes antimonio?

HORT. En mi cabás... No es un sátiro; es simplemente un vanidoso. Le gusta regalar, darse tono, tener amigas... (Yendo al espejo.) Hija, este viajecito nos ha puesto... ¡Estoy horrorosa! ¿No?

DEYAN. Regular. La que está hecha una lástima soy yo. ¡Mira qué greñas! (Se arreglan mutuamente el peinado.)

HORT. Trae, mujer, trae... (Viendo á Fabricio por el foro.) Estos caprichos, baronesa...

DEYAN. ¿Eh? (Viendo á Fabricio.) Por Dios, condesa. ¿Capricho?

HORT. Pero ¿por qué venir sin una dama teniendo cinco?

DEYAN Cuatro, cuatro.

HORT. Bueno, lo mismo da. El caso es que las deja usted en Venecia, y ahora no tiene peinadora...

FAB. ¿Dan vuestras excelencias permiso?

HORT. Adelante. (Entra Fabricio con el libro de viajeros.)

ESCENA XVI

DICHAS, FABRICIO

FAB. La dueña que en seguida viene. Suplico á vuestras excelencias me den sus nombres...
HORT. La baronesa Deyanira... de Monteflor...
DEYAN. La condesa Hortensia... del Prado.
FAB. (Escribiendo.) ¿Edad, naturaleza, estado?
HORT. La señora baronesa, veintidós años, casada y natural de Roma...
DEYAN. La señora condesa, veintidós años, casada y natural de Nápoles...
FAB. (Escribiendo.) La señora baronesa... La señora condesa... (Mirandolina, por el foro, al oir los títules, hace gestos de admiración y prepara las reverencias.) ¡La dueña!

ESCENA XVII

DICHOS, MIRANDOLINA

MIR. (Hace dos reverencias.) Madama... ¡Madama!
HORT. ¡Oh! qué hermosa...
DEYAN. ¡Ah! Muy distintiguida, sí señor...
MIR. (A Hortensia.) ¿Me permite, madama, besar su mano?
HORT. (Alargando la mano.) ¡Oh! (Deyanira no puede ocultar la risa.)
MIR. (A Deyanira besándola la mano.) Y vuecencia también. (Hortensia ríe.)
DEYAN. Vamos condesa... Vamos...
MIR. ¿De qué se ríe?
HORT. De nada, de nada... Esta baronesa...
MIR. (Con recelo.) (Jum, jum... ¡Me parece á mí!)
DEYAN. (A Hortensia, por Mirandolina.) (Mucho ojo que no es tonta.)
MIR. (A Fabricio.) ¿Has tomado los nombres? Pues anda, que en seguida voy...
HORT. (A Deyanira.) (No tengas cuidado.)
MIR. ¿Dónde se pone el equipaje de madamas?
HORT. (Confusa.) ¿El equipaje?... El equipaje...
DEYAN. (A Hortensia.) ¿Lo estás viendo?

MIR. El equipaje, sí, el equipaje... ¿Son muchos baules? ¿Y los criados? También serán muchos...

DEYAN. Mire usted, yo no puedo más...

HORT. (Amenazando á Deyanira.) ¡Baronesa!

DEYAN. Yo no sé fingir... Que no y que no...

MIR. ¡Ah! ¡Cuando yo decía! Muy bien, señora baronesa. Me gusta su franqueza y su lealtad. (A Hortensia.) No, no haga usted gestos. Es inútil. ¿Por qué fingen ustedes ser grandes damas, no siendo más que dos pobres mujeres?

HORT. Es que... si usted supiera...

MIR. No, si no necesito saber... Me lo figuro...

DEYAN. (Muy compungida.) Ya ve usted.. Estamos en una situación...

MIR. Bueno, pues no hay que hablar más... Yo soy mujer y me hago cargo de las cosas... ¿Necesitan ustedes estar aquí unos días hasta que cambie el viento? Conforme... Les daré un buen cuarto... Lo único que les pido es que si vienen huéspedes, me lo dejen libre... ¿eh?

HORT. ¡Ay! usted no sabe...

DEYAN. Si usted supiera...

MIR. Me lo figuro... Me lo figuro... Sé lo que es la vida. (El Marqués, al foro, muy enfático y con exajeradas ceremonias.)

ESCENA XVIII

DICHAS, el MARQUÉS

MARQ. ¿Se puede entrar?

HORT. (¡Un caballero!) ¡Oh, por mi parte!

MIR. Adelante, señor Marqués...

DEYAN. ¿Marqués?

MARQ. (A Mirandolina.) Estas damas...

MIR. Vienen á honrar mi hospedería... La señora condesa Hortensia del Prado... (Reverencia grotesca del Marqués.) La señora baronesa de Monteflor... (Idem, íd.)

HORT. (A Deyanira.) (Esta quiere seguir la broma. ¿Qué hacemos?)

DEYAN. (A Hortensia.) (Seguirla. ¡Qué vamos á hacer!)

MARQ. (A Mirandolina.) Diga usted á estas damas el nombre de un humilde servidor...

MIR. El señor marqués de Padua..

HORT. ¡Ah! El marqués de Padua...

MARQ. (A Mirandolina.) Mirandolina, ¿usted oye? Me conocen... ¡Claro! Como que son dos damas de alcurnia.

MIR. ¡Oh, ya lo creo! ¡Y tan de alcurnia!

HORT. De modo que el señor marqués.. vive aquí...

MARQ. Aquí, señora condesa... Como dijo el poeta. «Aquí vivo porque aquí muero.» (Mirando entre suspiros á Mirandolina.)

HORT. ¡Ah! ¿De modo que...?

MARQ. Pero Mirandolina es de tal condición, que sabe bien los usos galantes. Yo podré obsequiarlas á ustedes sin que muestre el menor enojo... ¿Verdad, Mirandolina?

MIR. ¡Ah, lo que es eso, por seguro! Lo único que conviene poner en claro es que el señor marqués sostiene que el regalar á una mujer es injuriarla...

HORT. Pues es una teoría admirable. (Desdeñosamente.)

DEYAN. Sobre todo para el marqués. (Idem.)

MARQ. Entendámomos. Regalar, es una injuria, pero agasajar, no. El conde de Albaflorida, ese asno cargado de oro... (Hortensia y Deyanira, sin poder contenerse, se dan codazos y dan muestras de contento.) Perdón, madamas... Pero crean ustedes que cuando lo censuro así... ¡Un asno, madamas, un verdadero asno!...

HORT. ¿Cargado de oro?

MARQ. Gasta los escudos á centenares, á millares... Ve una mujer, y ¡toma! un aderezo. Ve á otra y ¡toma! un collar... ¿No es esto ser un verdadero asno? En cambio, yo procedo con delicadeza. (Sacando un pañuelo de color muy doblado.) Por ejemplo... Este pañuelo, ¿no es una preciosidad?

HORT. (De mala gana.) Sí... Sí.

DEYAN. (Idem.) Si, sí...

MARQ. Pues esto es lo que se llama un agasajo. Véalo usted, Mirandolina.

MIR. Es muy lindo. ¿Lo llevo á su cuarto?

MARQ. Al de usted...

MIR. ¿Al mío, por qué?

MARQ. Porque es un agasajo...

MIR. Pero señor marqués...

MARQ. ¿Quiere usted disgustarme?

MIR. ¡Ah, no, no! ¡Disgustarlo nunca! (Lo toma.)

MARQ. Eso hago yo... Agasajo sin humillar, sin envilecer... Obsequios delicados, finos, flores, dulces, pañuelos... ¡Pero joyas! ¿Regalar yo joyas?

DEYAN. (Es un marqués tronado.)

HORT. (¿Ahora te enteras?

MARQ. Estas damas opinan como yo, de fijo. Ya está aquí ese imbécil. (Asoma por el foro el Conde. Hortensia y Deyanira se componen y arreglan vestidos y peinados, dando muestras de llamar la atención del Conde.)

ESCENA XIX

DICHOS, el CONDE

MARQ. Venga usted acá... Vea estas damas, amigas mías...

CONDE (Con reverencia.) Madamas...

MARQ. El señor conde de Albaflorida de quien tantos elogios acabo de hacer... La señora condesa de Monteflor... Señora baronesa del Prado...

CONDE ¡De modo que amigas del marqués!..

HORT. ¡Oh! Conocidas.. Conocidas...

DEYAN Y conocidas de hace un momento...

MIR. De quienes son amigas, me parece, es del señor conde...

CONDE (Asombrado.) ¿Mías?

HORT. Amigas precisamente... Paisanas... Como el señor conde es... napolitano...

CONDE ¿Y ustedes son napolitanas? ¡Ah, muy bien! ¡Muy bien! (Hablan los tres aparte.)

MARQ. (Pero ese idiota... ¿Está usted viendo? Supongo que no le hará usted caso nunca más...)

CONDE Mirandolina:

MIR. ¿Señor conde?

CONDE Diga usted que pongan en mi cuarto tres cubiertos...

MARQ. (¡Qué ordinario! Ni por cumplir invita.)

CONDE (A Mirandolina.) Supongo, que no le disgustará el que yo invite á damas de ese rango.

MIR. Al contrario. De las de ese rango son las que corresponden al señor conde.

HORT. (¿Qué se propondrá la hostelera?)

DEYAN. (Los maneja como muñecos... Se proponga lo que se proponga nos dará tiempo... Digo yo...)

HORT. (Me parece que sí... Chist, que viene.)

MIR. Si madamas me dan licencia, les dispondré sus cámaras... En cuanto á equipajes y servidumbre espero sus órdenes...

HORT. (¡Por Dios, Mirandolina!)

DEYAN. (¡Mirandolina!

MIR. Perfectamente. Lo dispondré yo.

(En la habitación de la izquierda se oye gritar al Caballero.)

CAB (Dentro.) ¡Animal! ¿Qué has hecho? ¡Animal!

MIR. (¡Adiós! ¡El salvaje!)

MARQ. ¿Quién grita?

CONDE ¡El enemigo de las mujeres!

HORT. ¿Cómo?

DEYAN. ¿Qué?

CAB. (Dentro.) ¡Está hecha trizas! ¡Animal!

(A los gritos, Mirandolina avanza á la puerta. Hortensia y Deyanira ríen con las explicaciones del Conde. El Marqués se pasea, escandalizado. Arrecian los gritos y sale el Criado perseguido por el Caballero, el cual trae en las manos una funda de almohada con los encajes rotos.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, el CABALLERO y el CRIADO

CAB. (Corriendo tras el Criado, que se ampara de Mirandolina.) ¡Miserable!

CRIADO ¡Si fué el clavo, señor!

MIR. Señor caballero, repórtese... Serénese.

CAB. (Mostrando la funda de la almohada.) Vea usted lo que ha hecho ese villano.

MIR. Si esto no es nada.

CAB ¿Cómo que no es nada? Hecho trizas. Y ahora, ¿qué hago yo? ¿Qué dirá usted de mí? (A Mirandolina.)

MIR. Pero si esto se arregla en un amén. Sostenga así. Un momento.

CAB. (Con el lienzo extendido, al Criado.) ¡Miserable!

MIR. (Sonriendo.) ¡Chist! ¡Sostenga un momento! (Saca del delantal un canutero y de éste una aguja enhebrada.) Estas cosas parecen mucho, (Cosiendo.) pero luego... (Mirando á Hortensia y Deyanira.) no son nada.

CAB. (Más reportado y sosteniendo el lienzo, mientras cose Mirandolina.) ¿Tiene arreglo?

MIR. ¡Pues no lo ha de tener! (Sigue hablando al Caballero.)

HORT. (A Deyanira.) (¡El enemigo de las mujeres!)

DEYAN. (Riendo.) (¡El enemigo de las mujeres!)

CAB. (Como continuando la conversación.) Crea usted que por poco lo mato.

MIR. ¡Sí que tiene usted un geniecito! (Cosiendo.) ¡Pero no es nada! ¡No es nada!

(El Conde, entre Hortensia y Deyanira, forma un grupo burlón. El Marqués, apartado, también se burla. El Caballero, atento á la costura, no ve otra cosa. Mirandolina, haciendo gestos y guiños á los demás, cose y cose muy seria ante el Caballero.—Telon lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La habitación del Caballero. Chimenea, bargueño, sillas, cornucopias. A la derecha, una ventana. A la izquierda un ropero con el tapiz corrido.

En el centro de la escena está puesta y servida la mesa. Al levantarse el telón, el Caballero lee en una butaca. El Criado y Fabricio, con servilletas al hombro, están dispuestos á servir.

ESCENA PRIMERA

El CABALLERO, FABRICIO y el CRIADO

FAB. (Al Criado.) ¡Anda, hombre, dile que está la sopa en la mesa.

CRIADO Díselo tú. ¡Me va á tirar un plato!

FAB. Si fueras mujer, no digo que no. ¡Cómo está estos días!

CRIADO Dímelo á mí, que soy el que lo aguanto más. (Bajando la voz.) Se le ha recrudecido el odio á las mujeres en tal forma, que ayer...

CAB. (Cerrando el libro.) ¡Idiotas! (Los Criados dan un respingo.) ¡Como si hubiera mujeres así!... ¡Bah!...

CRIADO Señor...

CAB. ¿Qué?

CRIADO Cuando el señor guste... La sopa está en la mesa.

CAB. Pues anda, sirve. (Se sienta el Caballero. El Criado, detrás, con la servilleta al hombro, va alargando los platos que trae Fabricio.) Me parece que hoy almorzamos más temprano.

CRIADO — Señor, es que desde hoy sirven este cuarto antes que ninguno. El señor conde ha armado un escándalo porque quería que lo sirviesen antes... Pero ha dicho la dueña que no; que el señor el primero, antes que ninguno.

CAB. — ¡Hombre!... ¡Pues di á la dueña que muchas gracias.

CRIADO — ¡Si viera el señor!... ¡Es una mujer!...

CAB. — ¿Te gusta, eh? (Volviéndose un poco al Criado.)

CRIADO — ¡Uuú! ¡Con aquella cara! ¡Con aquellos ojos! ¡Con aquel modo de mirar!... ¡¡Uuú!!

CAB. — Bien, hombre, bien... Pues con aquella cara, con aquellos ojos y con aquel modo de mirar, es una mujer como todas... ¡A la larga! ¡Créame á mí!

CRIADO — ¡Como todas!... Mirandolina no es como todas...

CAB. — (Dando un puñetazo.) ¡Como todas, imbécil! (Pausa corta.) ¿Me vas á decir lo que es una mujer? ¡Amor, constancia, sacrificio! ¡Sí, sí! ¡Tú y ese libro, y ese libro y tú, tontos de remate! Ponme vino.

CRIADO — (Sirviendo vino.) ¡Sí, claro! Las novelas... Ya se sabe lo que son novelas. (Acude á la puerta donde Fabricio asoma con un plato. Entrambos cuchichean unos instantes. Luego el Criado avanza á la mesa.) Dice Mirandolina, que si no le gusta al señor el pollo, que le enviará un pichón.

CAB. — Dile que yo como de todo. (Por el plato.) ¿Y esto qué es?

CRIADO — Esto una salsa que ha hecho Mirandolina por sus propias manos para el señor. Dice que le digamos qué le ha parecido al señor.

CAB. — (Probando la salsa.) Dile que sí, que me gusta mucho y que muchas gracias. (Al ver que el Criado no se mueve.) ¿Qué haces? Anda á decírselo en seguida.

CRIADO — Voy. (¿Qué milagro es este?)

CAB. — ¡Es una salsa sabrosísima! ¡Caramba si es sabrosa! (Comiendo más.) ¡Esta mujer! ¡Esta mujer! ¡El caso es que no hay más remedio que estar contento. Buena mesa, buena cama, buen trato... Sobre todo, lo que no se puede negar es que es muy franca. ¡Vaya si es franca! Aquello que decía de los que

pierden tontamente la libertad... Es muy lista, muy lista.

(Entra el Criado.)

CRIADO Dice Mirandolina que dé las gracias al señor. Que está muy contenta de que le haya gustado la salsa... Ahora se queda en la cocina haciendo un postre para el señor.

CAB. ¿Haciendo un postre para mí? Ponme vino. (El Criado sirve.) ¿Un postre para mí? ¿Y de qué es el postre?

CRIADO No sé, señor. Pero será una cosa rica. Porque le digo al señor que tiene unas manos... ¡Qué manos!...

CAB. (Bromeando.) ¡Qué manos! ¡Qué ojos! ¡Qué andares! Siempre estás así.

CRIADO Es que como Mirandolina no hay otra.

CAB. Hoy habrá que pagarla doble. Pagarla doble y largarse de aquí en seguida... ¿Y el conde ha comenzado ya á comer?

CRIADO Ahora mismo. Tiene dos damas á la mesa.

CAB. ¡Ah, sí! Las que vinieron ayer. ¡Dos damas! ¡Admirable compañía! El conde es un imbécil de marca mayor.

(Por el foro Mirandolina, con un plato y servilleta al hombro.)

ESCENA II

DICHOS y MIRANDOLINA

MIR. ¿Se puede?

CAB. ¿Quién es?

CRIADO Señor...

CAB. Dame otra servilleta. ¿Quién es?

MIR. Perdón. (Al Criado.) Deja, que yo pondré la servilleta. (Pone la servilleta en la mesa.)

CAB. Pero esto no es cosa de usted, sino del criado.

MIR. ¡Ay, señor!... ¿Pero yo qué soy? ¿Una condesa?

CAB. (¡Qué modesta! ¡Qué sencilla!)

MIR. Yo no sirvo á la mesa á todos porque algunos son como son! ¡Pero al señor!...

CAB. ¡Oh!... ¡Muchas gracias! ¿Y esto qué es?

MIR. Pues esto son natillas de chocolate... Las he

hecho yo para el señor únicamente... Y... vamos, creo que no han salido mal del todo.

CAB. Estarán riquísimas... Como la salsa.

MIR. ¿Estaba buena?

CAB. ¡Oh! ¡Exquisita!.. ¡Exquisita!

MIR. El señor, que es muy amable... Yo, pobre de mí, no sé hacer nada. Pero quisiera saber mucho para tener contento al señor.

CAB. (Mañana á Nápoles.) Si tiene usted que hacer...

MIR. ¡No, nada! Está todo en su sitio. Los camareros tienen ya distribuído el día... Además, quisiera saber qué le han parecido mis natillas.

CAB. ¡Ah, bueno, bueno! (Probando las natillas.) ¡Oh, qué cosa! ¡Qué encanto! ¡Qué delicia!

MIR. ¿No le dije al señor? Es lo único que sé hacer.

CAB. ¿Lo único? (Al Criado.) Pon vino.

MIR. Después de las natillas tiene que ser bueno.

CAB. (Al Criado.) Dame Borgoña. (El Criado lo sirve.)

MIR. ¡Ah, Borgoña! Yo creo que es el mejor vino de dulces.

CAB. Usted tiene buen gusto en todo.

MIR. Pues crea el señor que me engaño muy pocas veces.

CAB. Ahora es una de ellas.

MIR. ¿Qué me engaño ahora?

CAB. Sí.

MIR. ¿En qué?

CAB. En pensar que merezco yo tantas atenciones.

MIR. (Suspirando.) ¡Ay, señor caballero!

CAB. (Alterado.) ¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué suspira usted, Mirandolina?

MIR. Por lo que ha dicho el señor de las atenciones. Yo la tengo con muchos. y si viera usted algunos qué ingratos son. (Vuelve á suspirar.) ¡Ay, Jesús, qué vida esta!

CAB. (Plácidamente.) Pues yo no seré ingrato.

MIR. ¡Con el señor no va la cosa! Yo no intento hacer méritos, sino cumplir con una persona como el señor.

CAB. ¡Ah, no, no! Usted tiene conmigo atenciones... Yo le aseguro á usted que... (Vierte el

vino en el mantel.) ¡Caramba!... Pero, ¿qué me pasa á mí hoy?

MIR. ¿El vino en el mantel? ¡Alegría! ¡Alegría!

CAB. ¡A la salud de usted! (Bebiendo.)

MIR. ¡Oh, muchas gracias!

CAB. Es un vino admirable.

MIR. A mí es el que más me gusta.

CAB. ¿Sí? Pues beba usted un vaso.

MIR. ¡Oh, no! Muchas gracias... Muchas gracias...

CAB. ¿Ha comido usted ya?

MIR. Sí, señor.

CAB. Pues entonces... ¿De veras no toma un vasito?

MIR. No sé qué hacer... No sé qué decir.

CAB. (Al Criado.) Otro vaso.

MIR. No, no. Si el señor me permite, en este mismo.

CAB. Lo he usado yo.

MIR. (Riendo.) Mejor... Así sabré sus secretos...

(El Criado pone otro vaso en la bandeja.)

CAB. (¡Ah, sabia!) (Derrama otra vez el vino.)

MIR. El caso es... Estoy pensando que hace dos horas que almorcé. No se me vaya á subir á cabeza.

CAB. ¡Cá, hombre, cá!

MIR. Si me diera el señor un bocado de pan, tal vez...

CAB. Con mucho gusto. Tome usted. (Le da pan.) (Mirandolina, con el vaso en una mano y el pan en la otra, queda un momento indecisa.) Siéntese usted.

MIR. ¡Oh, no señor! ¡No soy digna de tanto!

CAB. Vamos, vamos... Si estamos solos. (Al Criado.) Tráele una silla.

CRIADO (De esta hecha, revienta mi señor.)

MIR. ¡Si lo supiesen el señor conde y el señor marqués, pobre de mí!

CAB. ¿Por qué?

MIR. Porque me han invitado muchas veces y nunca acepté.

CAB. Vamos, siéntese, siéntese...

MIR. Por obedecer... (Se sienta y moja el pan en vino.)

CAB. (Al Criado.) (De esto, cuidadito. ¡Ni una palabra!)

CRIADO (Descuide el señor.) ¡Hay que creer en los milagros!

MIR. (Alzando el vaso.) A la salud de todo lo que más quiera el señor conde...

CAB. A la salud de todo lo que más quiera Mirandolina.

MIR. De este brindis no toca nada á las mujeres.

CAB. ¿Por qué?

MIR. Porque como el señor no las puede ver...

CAB. Y no las puedo ver...

MIR. Que se conserve siempre así...

CAB. Bueno, pero es que ahora... (Temiendo al Criado.)

MIR. Ahora... ahora... Ahora, ¿qué? señor caballero...

CAB. Escuche usté. (Al oído.) Que no quisiera que me hiciese usted cambiar de propósito...

MIR. ¿Yo? (Riendo.) ¿Yo? (Suspirando.) ¡Yo!..

CAB. (Al Criado.) Anda y que cuezan los dos huevos de costumbre... Estate allá y tráetelos tú mismo.

CRIADO ¿Cómo los quiere el señor?

CAB. Como te parezca...

CRIADO Entendido. (Que no asome por aquí...) (Sale foro.)

CAB. Mirandolina...

MIR. ¿Qué, señor caballero?

CAB. Voy á decir á usted una cosa, de verdad, de verdad...

MIR. La oiré con mucha atención.

CAB. Que es usted la única mujer con quien yo estoy completamente á gusto... Vamos, que estoy... que... vamos...

MIR. Le diré al señor caballero. No es que yo valga nada, ni sea nada; pero á veces se encuentran dos personas y... debe de ser la simpatía, esa atracción, esa cosa... También yo estoy sintiendo por el señor lo que no he sentido por ningún hombre...

CAB. ¡Mirandolina! Tengo miedo de que me haga usted perder mi tranquilidad...

MIR. ¡Vamos, señor! Cualquiera que le oyese, ¿qué diría? También yo voy sintiendo... Pero no quiero enloquecer por los hombres y menos por uno que aborrece tanto á las mujeres... ¡Quién sabe si el señor hace todo esto por una prueba! ¿Quiere darme un poquito de Borgoña?

CAB. (Repentinamente malhumorado.) ¡Ea!... ¡Basta!.. (Derrama el vino en el mantel.)

MIR. (¡La última trinchera!) ¿Qué le ocurre al señor?

CAB. (Llenando el vaso de Mirandolina.) Nada, beba usted...

MIR. Pero, ¿el señor no bebe?

CAB. Sí, beberé... (Sería mejor que me emborrachase. ¡Un clavo saca otro clavo!) (Se llena el vaso.)

MIR. (Con vehemencia.) ¡Choque! (Choca su vaso con el del Caballero.) ¡Por los buenos amigos!

CAB. (Algo mareado.) ¡Por los buenos amigos!

MIR. Por las personas que simpatizan... ¡Choque, sin miedo!

CAB. (Gritando.) ¡Por Mirandolina!

MARQ. (Apareciendo al foro.) ¿Y por mí?

(Mirandolina, avergonzada, escapa á un rincón. El Caballero adelanta al Marqués con ira.)

ESCENA III

DICHOS y el MARQUÉS

C B. ¿Cómo es esto, marqués?

MARQ. Pues muy sencillo, amigo mío. Pedí permiso, no me respondían, ví la puerta abierta y entré.

MIR. (Intentando escapar.) Con permiso... voy á...

CAB. (A Mirandolina.) ¡Quédese! (Al Marqués.) Yo con usted no me permito estas confianzas...

MARQ. Le pido á usted mil perdones. Ya le he dado una explicación. Yo creí que estaría usted solo, como siempre... Me encuentro á Mirandolina.. y me alegro... Porque ahora me va usted á decir si es verdad ó no lo que yo he dicho tantas veces; que Mirandolina es una alhaja...

MIR. Yo estaba aquí sirviendo al señor caballero un plato. Me dió un mareo y el señor caballero, entonces, me hizo tomar un sorbo de Borgoña...

MARQ. ¡Ah! ¿pero eso es Borgoña?

CAB. Legítimo.

MARQ. ¿Legítimo? Ahora lo sabremos. (*Va á beber y entra el Criado, con dos huevos cocidos en la bandeja.*)

CAB. (*Al Criado.*) Pon un vaso al señor marqués. Deja ahí los huevos, que ya no tengo gana.

ESCENA IV

DICHOS y el CRIADO

MARQ. (*Al Criado.*) ¿Claros ó duros?

CRIADO Claros, señor marqués... Clarísimos...

MARQ. ¡Ah, no, no!...

MIR. Señor marqués, con permiso del señor caballero... Pruebe esas natillas de chocolate, que he hecho yo con mis manos.

MARQ. ¿Con sus manos? Venga una silla. (*Se sienta y come.*)

MIR. Señor caballero, como ya estoy mejor, me voy.

CAB. Deme usted gusto... Quédese un poco más...

MARQ. Sí, quédese, que quiero que pruebe usted un vino de Chipre... ¡qué vino!

CAB. Vamos, por complacer al señor marqués...

MIR. El señor marqués me dispensará, pero...

CAB. Vaya, quédese...

MIR. ¿Me lo manda el señor caballero?

CAB. La ruego que se espere un poco.

MIR. Obedezco. (*Se sienta.*)

CAB. (¡Claro! Con estas cosas me obliga más...)

MARQ. (*Comiendo.*) ¡Qué natillas, Mirandolina! ¡Qué sabor, qué color, qué olor!

MIR. Muchas gracias, señor Marqués. (Es un cargante.)

CAB. (¡Ah! ¿También es usted enemiga de los hombres?)

MIR. (Sí... ¡Como el señor lo es de las mujeres!)

CAB. (Mis enemigas comienzan á vengarse.)

MIR. (¡Ah, sí! ¿Pues cómo es eso?)

CAB. (¡Canalla! ¿No lo sabe usted?)

MARQ. A la salud de mis amigos... (*Bebe.*) Es Borgoña. Firmo y rubrico que es Borgoña.

CAB. Pero, Marqués, ¿y el Chipre?

MARQ. Aquí conmigo. (*Saca una botella diminuta y Mirandolina y el Caballero ríen.*)

MIR. ¡El señor marqués no quiere que su Chipre se suba á la cabeza!

MARQ. Esto se bebe oliendo, más que bebiendo, como la ambrosía. (Abre la botellita.) Trae vasos. (El Criado los lleva iguales á los del vino.) Pero ¿qué vasos traes? ¡Más pequeños!

CAB. Trae los del rosóli.

(El Criado trae unos vasos minúsculos.)

MARQ. (Sirviendo como un dedo en cada uno de los vasos y repartiéndolos.) ¡Qué néctar! ¡Qué gloria!

CAB. (A Mirandolina.) (¿Qué le parece esta porquería?)

MIR. (¡Agua de fregar!)

MARQ. (Al Caballero.) ¿Qué tal, eh?

CAB. ¡Oh, admirable! ¡Verdaderamente maravilloso!...

MARQ. ¿Y á usted, Mirandolina?

MIR. Á mí, que yo no sé fingir, y que no me gusta... El que sabe fingir una cosa, sabrá fingir muchas...

CAB. (¡No sé á qué viene este cañonazo!)

MARQ. Mirandolina, usted entiende de muchas cosas, pero lo que es de vinos... ¡Decir de este Chipre!... ¡Qué heregía!

MIR. (Al Caballero.) (¡Qué maniático!)

CAB. (A Mirandolina.) (¡De una manía ridícula!)

MIR. (La manía del señor es despreciar á todas las mujeres.)

CAB. (Y la de usted es humillar á todos los hombres.)

MIR. (A todos, no.)

CAB. (A todos, sí.)

MARQ. (Al Criado.) Con permiso de tu señor, vé y dile de mi parte al conde de Albaflorida—pero fuerte, que lo oigan todos—que le ruego que pruebe mi vino de Chipre...

CRIADO En seguida, excelencia.

MARQ. (Bebiendo otro vasito.) ¡Qué heregía!

MIR. ¡Que no se maree el señor marqués!...

MARQ. ¿Sabe usted lo único que me marea? Esos ojos...

MIR. ¿De verdad?

MARQ. (Al Caballero.) Estoy enamorado perdido de ella.

CAB. Muy bien...

MARQ. Usted no sabe lo que es esto. ¡El día que lo sepa usted!

CAB. ¡Lo comprendo, marqués, lo comprendo!

MARQ. Yo soy celoso como un turco. La dejo estar al lado de usted, por ser usted. Si fuera otro, ni un minuto.

CAB. (¡Ya me va á mí cargando lo de «por ser usted».)

(Entra el Criado con una bandeja y una gran botella de vino.)

ESCENA V

DICHOS y el CRIADO

CRIADO (Al Marqués.) El señor conde, que muchas gracias, y que haga vuecencia el honor de probar su vino de Canarias.

MARQ. ¡Qué necio! ¡Pues no va á comparar su vino de Canarias con mi vino de Chipre! ¿A ver? (Toma y examina la botella.) ¡Pobre hombre! (Oliendo.) Es una porquería... ¡Lo noto en el olor!

CAB. Pero pruébelo antes...

MARQ. ¡Qué he de probar! Esta es una impertinencia más de ese estúpido. ¡Me lleva hechas muchas! ¡Pero, á fe de marqués de Padua, que como yo me harte!... ¡Mirandolina, como siga ese idiota aquí, van a ocurrir cosas muy grandes! ¡Muy grandes! (Avanzando á la puerta.) ¡Muy grandes! (Saliendo con la botella en la mano.)

ESCENA VI

MIRANDOLINA, el CABALLERO y el CRIADO

CAB. Pero este pobre marqués está loco...

MIR. Por si acaso, se lleva la botella.

CAB. Está loco... Y usted tiene la culpa...

MIR. ¿Es que yo enloquezco á los hombres?

CAB. Usted, sí. ¡Usted! (Con vehemencia.) ¡Usted!

MIR. (Levantándose.) Señor caballero, con su licencia...

CAB. Espérese...

MIR. Perdón. No quiero enloquecer á nadie...

CAB. (Con imperio.) Espérese, digo.

MIR. (Volviéndose á el resueltamente.) ¿Qué?

CAB. (Desconcertado.) Nada... Bebamos otro vaso de Borgoña.

MIR. Vamos, vamos, que tengo prisa...

CAB. El último. Siéntese.

MIR. Vaya, el último; pero en pie.

CAB. (Dándola el vaso con emoción visible.) Tome usted...

MIR. Un brindis y me voy en seguida. Un brindis que me enseñó mi abuela.

Por el vino y el amor
que despiertan los antojos...
El vino, alegra los ojos;
el amor, quita el rubor...
Por el vino y amor, pues,
este brindis imagino...
Primero me bebo el vino, (Bebe.)
y con los ojos, después,
hago lo que tú no ves...

(Guiñando picarescamente prepara el mutis.)

¿Lo ves? ¡No lo ves!
¿Lo ves? ¡No lo ves! (Sale.)

CAB. ¡Admirable! ¡Admirable! ¿Se va? ¡Ah, hipócrita, embustera! ¡Embustera! (Sale detrás enardecido.)

ESCENA VII

El CRIADO, luego el CONDE

CRIADO ¡Señores!... Por supuesto, que yo lo estaba viendo... Mi amo, que si las mujeres son esto y lo otro. ¡Mientras más decía, más pensaba yo en estas cosas! Es lo que pasa. (Remedando á Mirandolina.) «¿Lo ves? ¡No lo ves!» ¡Qué ha de ver, si va como un loco! Esto nos cuesta irnos de aquí, porque lo que es Mirandolina nos pone en la calle... ¡Qué mujer! Y él decía que era como las demás... ¡Sí, sí! ¡Como las demás es la niña!

CONDE (Al Criado.) Dí á tu señor que tenga la bondad de...

CRIADO Mi señor no está, excelencia.

CONDE Ya sé que no está aquí. Lo he visto entrar

en la cocina. Pero vé á la cocina y dile de mi parte que necesito que nos veamos.

CRIADO — En seguida, señor conde. (¡Ir yo á buscar á mi señor á la cocina!)

CONDE — (Yendo al ropero y alzando el tapiz.) ¡Admirable! (Asomando á la puerta y llamando en voz baja.) ¡Chist! ¡Venid! ¡Venid!

(Entran risueñas y de puntillas Deyanira y Hortensia.)

ESCENA VIII

El CONDE, DEYANIRA, HORTENSIA

CONDE — Despacio, ¿eh? Os escondéis allí. (Indicando el ropero.) Y cuando yo dé la señal, listas.... ¿estamos?

HORT. — Bueno, pero que conste que á mí no me gusta... Que es á esta.

DEYAN. — A mí, ni me gusta ni me disgusta. Pero las circunstancias...

CONDE — El caso es que lo enredéis y lo convenzáis. Como consigamos que venga, es nuestro. Es decir, vuestro.

CONDE — No, mío no; de esta.

HORT. — Bueno, de esta. Ya sabéis; adularlo y adularlo. ¡Chist! (Las dos corren precipitadamente y se ocultan. El Conde va á la puerta y vuelve.) Creí que venía...

(Las actrices asoman tras el tapiz.)

HORT. — ¿Viene?

DEYAN. — ¿Es él?

CONDE — No, pero estaros quietas, que ya no debe tardar.

HORT. — ¡Que nos ha ofrecido un premio de cien es cudos!

CONDE — Como os acompañe á la fiesta, os doy dos cientos. Yo quiero demostrarle cumplidamente que un hombre, por gustar de las mujeres, no es, como él dice, un ser inferior. En todo caso, necesito verle tan inferior como á los demás. Estoy ya harto de que me compadezca. ¡Pues estaría bueno!

(Se oye al Caballero decirle á su criado: «¿Está aquí el señor conde?»)

(Las actrices se ocultan. El Conde, adoptando una actitud solemne, se sitúa junto á la mesa. Entra, con gesto agrio, Caballero.)

ESCENA IX

DICHOS y el CABALLERO

CAB. ¿Me ha llamado usted, conde?

CONDE Me he tomado esa libertad, sí señor. Pero, ¿Qué es esto? ¿Qué le ocurre? Parece que viene usted así...

CAB. Vengo así. ¡Peor que así! Pero, en fin, ¿qué me quiere usted?

CONDE Amigo mío, yo no sé si procedo bien ó mal. En todo caso, mi propósito es absolutamente noble.

CAB. ¿Qué propósito?

CONDE Se trata de la gran cuestión; de las mujeres. Yo sé muy bien que usted es su enemigo declarado. Pero como parece que esta afirmación de usted es completamente gratuita...

CAB. No comprendo ni una palabra.

CONDE Me explicaré mejor. Hay dos damas, con quienes hablando de estas cosas he concertado una proposición que harán á usted. Se trata de invitarle á una mascarada. Ve usted la fiesta, trata con las damas y podrá hablar en adelante con conocimiento de causa. Además para respetar sus escrúpulos, usted va disfrazado. De manera que...

CAB. (Irónico.) ¡Hombre! ¡Hombre! Se trata de catequizarme. Pero ¿usted no comprende que es inútil? Yo no soy enemigo de las mujeres por capricho, sino por reflexión. Lo que no entiendo bien es que esas damas...

CONDE Ahora se lo dirán ellas mismas. (Llamando.) ¡Ya! ¡Ya!

(Descórrese el tapiz y aparecen Hortensia y Deyanira, que fingen un rubor discreto. El Caballero, dominando su disgusto, las saluda con una reverencia.)

HORT. Supongo que nos perdonará usted... Porque el ser enemigo de las mujeres no es serlo del perdón.

CAB. (Irónico.) Ustedes son las que tienen que perdonarme.

DEYAN. Yo, por mi parte, le perdono. Ahí va la absolución. Ahora, á besar la mano al confesor. (Alargaudo la mano que el Caballero, tras de titubear unos segundos, besa.) Así. ¡Dios le haga un santo!

CONDE ¡Muy bien! Esto camina. Como ustedes tendrán que hablar con el señor... Hasta luego. (Sale.)

CAB. Pero Conde... ¡Conde!

HORT. Déjelo. No nos hace falta.

DEYAN. (A Hortensia.) Pero ¿tú ves cómo han calumniado á este hombre? No he visto hombre más galante que este enemigo de las mujeres.

HORT. (Acercándose al Caballero.) Pero si ese es un truco como otro cualquiera, ¿verdad?

DEYAN. Todo eso lo dices por decir. Lo que tiene que eres discreto... Que no te gustan los escándalos.

HORT. Como que á las mujeres nos revientan los exhibicionistas... ¿Qué te crees tú, que él no lo sabe?

(Las dos se van acercando al Caballero, el cual, como abstraído, disimula su preocupación sonriéndolas de vez en cuando.)

CAB. ¿De modo que vosotras creéis que yo soy lo que soy por conveniencia, porque saco así más provecho?

HORT. ¡Claro!

DEYAN. ¡Naturalmente!

CAB. Luego creéis que conozco bien á las mujeres...

HORT. ¡Huy!

DEYAN. ¡Ya lo creo! ¡Como el que más! Por eso tengo la seguridad de que vendrás á la mascarada de esta noche.

HORT. Figúrate. ¡Bocaccio puro! Una «villa» como la de Fiammeta. El jardín iluminado, nosotras y otras diez amigas con trajes del Decameron. Orquestas, pajes, barcas en el río... Tú debías ir de Pedro de Aragón; eres el tipo. Yo haré de Carmosina enfermita en el lecho y llamándote: «Señor, señor, muriendo estoy de amor».

CAB. Lo malo es que á esa hora el que está en el lecho soy yo. Vamos á ver, hijas de mi alma...

DEYAN. ¡Ay, mira este! ¡Cuando yo decía!...

HORT. ¡Hijas de su alma! Pues sí que somos hijas de su alma. ¡Y de lo que él quiera!

CAB. Vamos á ver. La verdad, la verdad. Todo esto es cosa del conde, ¿no? (Advirtiendo que se consulta con la mirada.) Vaya, no ser tontas. Aquí nos hemos conocido... Todo esto es cosa del conde. ¿Qué os ha prometido el conde? La verdad... Mirad que soy más rico que él y os conozco más que él. La verdad!

DEYAN. (A Hortensia.) ¿Se lo decimos?

HORT. Bueno, se lo decimos, si él guarda el secreto.

CAB. ¡No hay que hablar, hijas de mi alma! El conde os ha encargado que me llevéis á esa fiesta, ¿no?

HORT. Y nos da cien escudos... ¡La verdad!

CAB. Bueno. Vosotras le decís que sí, que iré. Le sacáis los cien escudos y yo por no ir y porque el conde quede en ridículo os doy otro tanto. ¿Conformes?

HORT. ¡Admirable! ¡Admirable!

DEYAN. ¡Qué lástima que seas nuestro enemigo!

CAB. Pues andando. (Saca un bolso y les entrega unas monedas.) Tomad, hijitas. Y ahora, llevadle la noticia al conde.

HORT. ¡Viva el enemigo de las mujeres!

CAB. ¡Chist! ¡Callad!

DEYAN. ¡Viva el enemigo de las mujeres!
(Salen las dos tirándole besos.)

ESCENA X

El CABALLERO, luego el CRIADO

CAB. ¡Ajá! Ahora id al conde, que luego yo me las entenderé con él. Pero ese hombre, ¿qué se ha creído? ¡Ya nos veremos!

CRIADO (Entrando azorado.) ¡Señor! ¡Señor!

CAB. ¿Qué hay?

CRIADO — ¿No sabe el señor? ¡La que se ha armado! Mirandolina está furiosa. Fabricio está furioso. Todos están furiosos. ¡Todos!

CAB. — Bueno, mira. Lo que tienes que hacer es arreglar los baúles, ¡volando!

CRIADO — Pero ¿nos vamos?

CAB. — Inmediatamente. Pide la cuenta, dame la espada y el sombrero y arregla los baúles en un amén. Vé por la cuenta antes de todo. (Sale el Criado.)

ESCENA XI

El CABALLERO y FABRICIO

CAB. — Sí. Es lo mejor. Seguir aquí una hora más sería humillante. Mientras más pronto salga, más pronto volveré á ser yo. Ahora mismo no soy yo. Soy un pobre hombre torturado por las coqueterías de una mujer. (Pausa corta.) Y sin embargo... ¡Sin embargo! (Como en una honda lucha interior.) ¡Aquella voz! ¡Aquellos ojos! ¡Aquel brindis! (Recordando el de Mirandolina.) «¿Lo ves? ¡No lo ves! ¿Lo ves? ¡No lo ves!»

FAB. — ¿Se puede?

CAB. — Adelante.

FAB. — ¿Ha pedido el señor la cuenta?

CAB. — Sí.

FAB. — Entonces la traerá Mirandolina.

CAB. — ¿Es que ella hace las cuentas?

FAB. — Siempre. ¡Hasta cuando vivía su padre! ¡Pero el señor pregunta unas cosas!...

CAB. — ¿Cómo es eso? Pregunto lo que se me antoja. ¡No faltaba más!

FAB. — El señor me maltrata. ¡Claro! Se comprende.

CAB. — Pero ¿qué estás diciendo, bergante? Yo no maltrato. Eres tú que te insolentas.

FAB. — ¡Claro! Como Mirandolina va á ser mi mujer. ¡Claro! ¡Claro! (Sale.)

ESCENA XII

El CABALLERO y MIRANDOLINA

CAB ¡Pero este imbécil! ¿Háse visto? Que te casas con Mirandolina. ¡Cásate, mamarracho, cásate! ¿A mí qué? ¿Qué me importa Mirandolina? ¡Ni esto!

MIR. (Con la cuenta.) ¿Puedo entrar, señor caballero?

CAB. (Asperamente.) Sí. Adelante. ¿Trae usted la cuenta?

MIR. (Con voz trémula.) Aquí está. (Se enjuga los ojos con el delantal.)

CAB. (Mirándola por encima del papel.) Pero, ¿qué es eso? ¿Llora usted?

MIR. No señor. Es que me ha entrado humo en los ojos.

CAB. ¿Humo en los ojos? ¿Humo en los ojos?... Ea, se acabó. ¿Qué le debo?

MIR. (Casi sollozando.) Ahí... lo dirá.

CAB. ¿Seis escudos? ¿En diez días seis escudos? ¿Seis escudos por un hospedaje como éste?

MIR. Sí, señor. Seis... escudos.

CAB ¡Imposible! Completamente imposible... Además, aquí no están puestos los extraordinarios... Los platos especiales que me ha hecho usted

MIR. Lo que yo hago no lo cobro, señor caballero... (Se enjuga los ojos con la mano.)

CAB. Pero ¿qué tiene usted?

MIR. Ya lo dije: que me ha entrado humo en los ojos...

CAB. ¿No sería cuando estuvo usted haciendo la salsa, aquella salsa...? ¿Ni cuando las natillas, aquellas natillas...?

MIR. ¡Ojalá! (Sollozando.) ¡Ojalá que hubiera sido entonces!

CAB. (¡Si no me voy, soy hombre al agua!) Bueno, aquí tiene usted. Veinte escudos para algún regalo á los criados. Adiós, Mirandolina... Yo soy... yo fuí... ¡Compadézcame usted!

MIR. (Desmayándose.) ¡Ay! (Cayendo en la silla.)

CAB. (Azorado, contristado, balbuciente.) ¡Mirandolina! ¡Mirandolina! (Contemplándola desmayada.) ¿Y si

estuviese enamorada de mí? ¿Por qué no? ¿Por qué no? ¡Mirandolina! (Va y viene por la escena en lamentable confusión. Mirandolina, al verlo de espaldas, le hace una mueca.)

MIR. (¡Salvaje! ¡Anda, que ya verás!) (Vuelve al desmayo.)

CAB. (Atribulado.) ¡No sé que hacer, Dios mío! (Acercándosela.) ¡Pobrecilla! ¡Sufres por mí! ¿Qué hago? (Rebuscando en la mesa, toma un vaso de agua y salpica la cara de Mirandolina.) ¡Mirandolina! ¡Animo, ánimo! ¡Estoy aquí! ¡No me iré! ¡Tranquilízate, que no me iré! (Asoma, jadeante, con la espada y sombrero de su amo, el Criado, que trae también sogas para los baúles.)

ESCENA XIII

DICHOS y el CRIADO

CRIADO ¡Gracias á Dios! ¡El sombrero, la espada, sogas para... Mirandolina!

CAB. ¡Chist!

CRIADO (Bajando la voz.) El sombrero, la espada...

CAB. ¡Animal, que calles!

CRIADO (Bajando aún más la voz.) ¿Arreglo los baules?

CAB. (Amenazándole con el vaso.) O te vas ó... (Sale el Criado.)

ESCENA ÚLTIMA

MIRANDOLINA, el CABALLERO, el MARQUÉS y el CONDE

CAB. ¡Mirandolina! ¡Por amor de Dios, vuelve en ti! Lleva ya mucho tiempo... ¡Dios mío, si estará enferma! ¡Este pulso... Este sudor frío... ¡Mirandolina! ¡Que soy yo! ¡Que estoy aquí! (Desesperado.) ¡Está enferma, Dios mío, enferma! ¡Y por mi culpa! (Cayendo de rodillas.) ¡Mirandolina!

(Van entrando de puntillas el Marqués y el Conde.)

MARQ. ¿Qué es esto?

CONDE ¡El enemigo de las mujeres!

MIR. (Al sentir que hay testigos de su triunfo, finge despertar.) ¡Ay!

CAB. (Emocionado.) ¡Mirandolina!
MARQ. ¡Mirandolina!
CONDE (Al Caballero.) ¿Se ha caído usted, amigo mío?
CAB. (Corrido y levantándose.) ¡Ya nos veremos! ¡Nos veremos! (Sale escapado y como loco.)
MIR. Pero, ¿qué ha sido? ¡Ese hombre va loco!
CONDE ¡La derrota del enemigo de las mujeres!
MIR. Va loco, inflamado, ardiendo. Pero aun me falta algo para castigo de hombres presumidos y honor de mi sexo.
MARQ. ¿Algo más?
MIR. ¡Algo más!... ¡Algo más!... ¡Algo más! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El cuarto de planchar de Mirandolina. Mesa con ropa blanca de varias clases. Sillas donde también hay ropa almidonada. En la mesa dos planchas de hierro con agarradores.

Al levantarse el telón, Mirandolina, tomando bocanadas de agua, espurrea las ropas que ha de planchar. Fabricio, melancólico, la contempla.

ESCENA PRIMERA

MIRANDOLINA y FABRICIO

MIR. Ea. ¡Se acabaron las diversiones! A trabajar tocan. ¡Qué barbaridad de ropa tengo hoy! ¡Jesús! De aquí á que acabe... (Prueba con el dedo mojado las dos planchas.) ¡Vaya! Pues estamos bien. ¡Fabricio!

FAB. ¡Qué, Mirandolina!

MIR. Hazme un favor. Tráeme una plancha muy caliente.

FAB (Resignado.) La traeré.

MIR. (Amable.) Perdóname... Pero como tengo tanta prisa...

FAB No tengo que perdonar. Para eso soy tu criado, para que me mandes. (Va á salir.)

MIR. Espera, hombre, espera. No te lo mando; te lo pido por favor. ¡Me parece que ya me entiendes!...

FAB Te entiendo y no te entiendo. Pero creo que... en fin.

MIR. Ven acá, hijo, ven acá. ¿Qué quieres decir, que soy una ingrata?

FAB. No. Eres... lo que eres. Y después de todo, es natural.

MIR. ¿Qué es lo que es natural?

FAB. Que no quieres nada con los pobres.. Que te gusta la nobleza...

MIR. ¡Lo que son las cosas! Si una pudiera decirlo todo...

FAB. Pero si lo estoy viendo por mis ojos...

MIR. Vamos, vamos... Tráeme la plancha... y déjate de historias...

FAB (Yendo hacia la puerta.) ¡Voy! ¡voy! Pero me parece que esto va á durar poco tiempo.

MIR. (Fingiendo que habla consigo misma, pero alzando la voz para que la oiga Fabricio.) Cuanto más se los quiere, peor...

FAB. (Desde el dintel.) ¿Qué has dicho?

MIR. (Aspera.) Que me traigas la plancha en seguida ..

FAB. (Desconcertado.) No sé, no sé... Antes amable, ahora enojada. ¡No sé, no sé! (Sale.)

ESCENA II

MIRANDOLINA y el CRIADO

MIR. ¡Pobre! Pero los hombres son así. Hay que tener el pan en una mano y el palo en la otra. Si no estamos perdidas.

CRIADO Señora Mirandolina...

MIR. ¡Hola, amigo! ¿Qué ocurre?

CRIADO Ocurre que mi señor me manda á ver cómo está usted.

MIR. Dile que bien y que muchas gracias.

CRIADO (Sacando un frasquito de oro.) También me encarga que beba usted un poco de esta melisa, que le calmará mucho los nervios.

MIR. ¿Es de oro este frasquito?

CRIADO De oro, sí señora.

MIR. ¿Y por qué me envía ahora la melisa y no cuando me desmayé?

CRIADO Porque entonces no la tenía. La ha comprado hoy. Fuí yo al joyero por el frasco y luego á la botica á que lo llenasen.

MIR. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

CRIADO ¿Se ríe usted?

MIR. ¿No me he de reir? ¡Si me manda el remedio después de la enfermedad!

CRIADO Bueno; pero por si le ocurre á usted otra vez...

MIR. ¡Vaya! Lo probaremos. (Bebe un poco y le devuelve el frasco.) Dile que muchas gracias, ¿eh?

CRIADO Pero si el frasco es para usted.

MIR. ¿Cómo para mí?... ¡No, no, no!

CRIADO Si lo ha comprado para usted exclusivamente.

MIR. Bueno, pues no. Dile que no. Que no lo tomo.

CRIADO Pero, ¿le va usted á hacer ese desprecio? Después que se ha gastado veinte escudos con tanta ilusión.

MIR. Pues que se deje de ilusiones. Digo que no lo tomo y no lo tomo.

CRIADO Es que como me dijo...

MIR. ¡Se acabó! Ya le estás devolviendo el frasco.

CRIADO Bueno, bueno. (En mi vida he visto otra. ¡Una mujer que no quiere regalos! ¡Bueno!) (Sale.)

ESCENA III

MIRANDOLINA y FABRICIO

MIR. ¡Claro, hombre, claro! Es preciso que él crea que lo quiero por él, por él exclusivamente. ¡Amigo, ya verás lo que es bueno! ¡Todavía no sabes tú lo que es una mujer!

FAB. (Con una plancha.) Aquí está la plancha.

MIR. ¿Bien caliente?

FAB. Achicharrando. ¡Como yo!

MIR. Como tú, ¿por qué?

FAB. ¿Por qué? ¿Qué te crees, que no sé lo del frasquito de oro? Pues lo sé. Me lo ha dicho el criado.

MIR. Te habrá dicho que se lo he devuelto.

FAB. ¿Que se lo has devuelto? ¿Se lo has devuelto?

MIR. ¡Naturalmente!

FAB. ¿Por qué se lo has devuelto?

MIR. Porque... Mira, Fabricio, hablemos de otra cosa.

FAB. Pero, mujer... Si yo creí... ¿De modo que se lo has devuelto? Pues perdóname... Ya sabes que me pongo... Perdóname...

MIR. (Secamente.) Mira, déjame planchar.

FAB. (Humildemente.) Claro, como uno es un camarero...

MIR. Pon la otra plancha á calentar.

FAB. Voy. Pero el ser pobre no es deshonra. Bien sabes tú...

MIR. (Fingiendo ira.) ¡Fabricio! ¡Fabricio! ¡Fabricio!

FAB. (Atemorizado y yendo á la puerta.) ¡Voy, mujer, voy! (Sale.)

MIR. ¡No hay más remedio! Si no se la comen á una por sopas.

ESCENA IV

MIRANDOLINA y el CABALLERO

Mirandolina se pone á planchar y asoma, melancólico, el Caballero. Lo ve Mirandolina de reojo y sigue planchando, sin alzar la cabeza ni cuando el Caballero la habla

CAB. (Aqui está... No quería venir y, sin embargo, ¿qué voy á hacer? Venir... Venir mil veces...)

MIR. (Aquí está el hombre. ¡Te aseguro!...) (Planchando.)

CAB. ¡Mirandolina!

MIR. (Planchando y sin alzar la cabeza.) ¿Quién?

CAB. Soy yo, Mirandolina.

MIR. (Idem id.) ¡Ah, el señor caballero! ¡Servidora!

CAB. ¿Cómo está usted?

MIR. Muy bien, para servirle...

CAB. Vengo á... Tengo motivos para quejarme de...

MIR. (Echándole una ojeada.) ¿Sí? ¿Motivos, motivos?...

CAB. ¿Por qué me ha rechazado usted el frasquito?

MIR. (Planchando.) Pero, ¿qué quería usted que hiciese con él?

CAB. Guardarlo. ¡Utilizarlo!

MIR. Gracias á Dios no me desmayo tan fácil-

mente. Lo que me pasó esta mañana no me ha pasado nunca, nunca.

CAB. Mirandolina... Yo no tuve la culpa... ¡Digo, me parece!

MIR. ¡Quién sabe!...

CAB. (Con pasión.) ¿Que yo tuve la culpa? ¿Que fué por mí? ¿Que se desmayó usted por mí?

MIR. (Planchando con fuertes golpes.) ¡Me hizo usted beber aquel maldito Borgoña!...

CAB. (Desalentado.) ¡Ah, vamos! ¡No fuí yo, fué el vino!

MIR. Sea lo que sea, á su cuarto no vuelvo más...

CAB. (Recobrando la esperanza.) ¡Ah! ¡Comprendido! ¡Comprendido! ¿No quiere usted ir más á mi cuarto? Pero vamos á ver... (Acercándosele.)

MIR. ¡Fabricio! (A la puerta.) ¡Si está ya la otra plancha, venga en seguida! (Al colocar la que tiene en las manos, deja caer el agarradero. El Caballero lo recoge.) No, no se moleste. ¡Muchas gracias!

CAB. (Sacando un estuche.) Mirandolina...

MIR. (Despectivamente.) ¿Más regalos? He dicho que no tomo regalos...

CAB. Pues del conde los toma usted...

MIR. (Planchando furiosa.) A la fuerza. Por no despreciarlo.

CAB. ¡Ah! ¿Y me desprecia usted á mí?

MIR. ¿Y qué le importa el desprecio de una mujer? ¿No es enemigo de las mujeres?

CAB. ¡Mirandolina! Demasiado sabe usted que eso era antes...

MIR. Señor caballero. ¿Cuándo sale la luna nueva?

CAB. No soy ningún lunático. Soy un convencido ante el milagro de unos ojos...

MIR. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

CAB. ¡Burlona! ¡Burlona! Vamos, tome usted... (Por el estuche.)

MIR. (Planchando.) Gracias, gracias...

CAB. (Repentinamente imperativo.) Tómelo usted...

MIR. (Gritando.) ¡Fabricio! ¡A ver la plancha!

CAB. (Alterado.) ¿Lo toma usted ó no?

MIR. (Dominando su ira.) Lo tomo... (Enérgica) y lo tiro...

CAB. (Excitado.) ¿Que lo tira usted?

MIR. (Corriendo á la puerta.) ¡Fabricio! ¡Fabricio!

FAB. (Asomando.) ¿Qué?

ESCENA V

DICHOS y FABRICIO

MIR. (Tomando la plancha que trae Fabricio.) ¿Está bien caliente?

FAB. (Tristemente.) Sí.

MIR. (A Fabricio, con ternura.) ¿Qué tienes, que pareces triste?

FAB. Nada, Mirandolina, no es nada...

MIR. ¿Estás malo?

FAB. (Disimulando, frente al Caballero.) ¿Yo? ¿Por qué? ¿De qué? Si necesitas más planchas calientes, dame.

MIR. Mira, si estás malo, dime la verdad. (Con ternura acentuada.) Ya sabes que si tú te pones malo...

CAB. (Con visible enojo.) Vamos, déle la plancha y que se la lleve...

MIR. Lo quiero mucho.. Es muy bueno... Muy leal... Muy hombre... ¿Sabe el señor?

CAB. Esto es peor que tragar quina.

MIR. (Dándole á Fabricio otra plancha.) Anda, Fabricio, hazme el favor... Ya sabes que te quiero bien. Ya me entiendes.

FAB. (Con ternura.) ¡Mirandolina!

MIR. Vamos, vamos, ¡ligero!... (Mirándole picarescamente.) ¡Ligero!

FAB. ¡Uy, Dios mío, qué ojos! (Sale.)

ESCENA VI

MIRANDOLINA y el CABALLERO

CAB. ¡Vaya un camarero mimado! ¡No se quejará, no!

MIR. ¿Qué quiere decir ese tono?

CAB. Quiere decir... lo que está á la vista...

MIR. ¿Que estoy enamorada de él? ¡Ay, qué gracia! ¡Yo, enamorada de un camarero!... Pues sí que es tener de mí una gran idea... ¡No, señor caballero, no! No tengo tan mal gus-

to. Cuando yo me enamore será de alguien más alto... Pero de un camarero... ¿Yo?

CAB. Usted se merece el amor de un rey.

MIR. (Planchando.) ¿Del de copas ó del de bastos?

CAB. Mirandolina, hablemos en serio...

MIR. Hablemos en serio, sí señor

CAB. ¿No podría usted dejar de planchar?

MIR. ¡Oh, no! Perdóneme, pero necesito esta ropa para mañana...

CAB. ¿Tiene más importancia esa ropa que yo?

MIR. (Planchando.) Seguramente.

CAB. ¿Y lo dice usted así?

MIR. ¡Claro! Esta ropa me sirve; mientras el caballero...

CAB. ¿Cómo que no le sirvo yo? Mándeme usted alguna cosa y lo verá.

MIR. Pero ¿qué le voy á mandar á un hombre que aborrece á las mujeres?

CAB. ¡No me atormente más, Mirandolina, bastante se ha vengado ya! Las mujeres que son como usted...

MIR. (Planchando) Muy bien. Se lo diré... Se lo diré...

CAB. (Acercándosele.) No sea usted así... No me trate con aspereza... Venga usted acá... Venga usted acá...

MIR. (Al acercarse el Caballero extiende la mano y lo quema con la plancha.)

CAB. ¡Ay!

MIR. ¿Qué ha sido?

CAB. ¡Que me ha quemado usted..., que me ha achicharrado!

MIR. Perdóneme... Fué sin querer... Usted se acercó...

CAB. No, si no me importa... ¡Ay! Me ha hecho usted otra quemadura más grande...

MIR. ¿Dónde?

CAB. ¡En el corazón!

MIR. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! (A la puerta.) ¡Fabricio!

CAB. (Celoso.) No llame usted á Fabricio...

MIR. (Burlona.) Pero si necesito otra plancha...

CAB. Espere, espere. Llamaré á mi criado...

MIR. (Vuelve á llamar) ¡Fabricio!

CAB. (Irritado.) Llame usted á otro. A Fabricio no. Que no venga, que no lo puedo ver. (Acercándose á Mirandolina.)

MIR. (Esgrimiendo la plancha.) ¡Que se va usted á quemar otra vez! ¡No se acerque, no se acerque!

CAB. Es que estoy loco, Mirandolina...

MIR. Bueno, pues me iré... (Va á la puerta.)

CAB. ¡No, quédese! (Detrás de Mirandolina.) ¡Quédese!

MIR. Me sigue como un perro. (Imitando en voz baja el llamar á un perro.) ¡Chipi, sultán! ¡Chipi, sultán!

CAB. Es la primer vez que me he enamorado.

MIR. (Huyendo en torno de la mesa.) ¡Sí, sí! Como que yo soy tonta...

CAB. (Detrás, más excitado cada vez.) Pero ¿va usted á jugar conmigo? ¡Aguárdese! ¡He dicho que se espere!

MIR. (Se detiene cen gesto enérgico.) ¡En mí no manda nadie! ¡Nadie!

CAB. (Desconcertado.) Pero... tenga usted compasión, Mirandolina!

MIR. ¿Esta mañana no podía ver á las mujeres y ahora las pide compasión? ¡Ja, ja! ¿Quién va á creer semejante cosa? ¡Ja, ja, ja!

CAB. (Excitado.) ¡Mirandolina!

MIR. (Dando una escapada y situándose en la puerta.) ¡Ja, ja, ja, ja.

(El Caballero, furioso, corre. Mirandolina da un portazo y se oye echar la llave por fuera.)

ESCENA VII

El CABALLERO. Luego FABRICIO, el CONDE y el MARQUÉS

CAB. (Golpeando la puerta, en gran excitación nerviosa.) ¡Ha echado la llave! Me ha dejado encerrado como á un loco! ¡Mirandolina, abra usted! (Con furia.) ¡Abra usted ó echo la puerta abajo! (Desalentado y trémulo) ¡Perdón, Mirandolina, perdón! (Pausa. Poniendo el oído en la puerta.) ¿Qué, se ha ido?... Yo me tengo la culpa; ¡Imbécil! ¡Imbécil! (Otra pausa.) Pero ¿me quiere ó no me quiere? ¡Me quiere! ¡Ya lo creo! Si no me quisiera no haría estas cosas... (Otra pausa.) Pero ¿qué ha de quererme, haciendo lo que hace? Esto es una burla, una indigni-

dad .. (Golpeando furiosamente la puerta.) ¡Abrid! ¡Abrid ó echo la puerta abajo!

(Se abre la puerta y aparecen Fabricio, el Conde y el Marqués.)

FAB. (Socarronamente.) ¿Llamaba el señor?

MARQ. Pero ¿qué es esto?

CONDE ¿Qué le ocurre á usted?

CAB. (Un poco mohino por la sorpresa pero excitado todavía.) ¿Y Mirandolina? ¿Dónde está Mirandolina?

FAB. ¿Para qué la quiere el señor?

CAB. No te pregunto á tí, botarate.

MARQ. Vamos, serénese...

CONDE ¡Calma, calma!

CAB. ¿Y Mirandolina?

FAB. He dicho, que para qué la quiere el señor.

CAB. He dicho que para lo que me dé la gana. Cuando yo pago es para que me sirvan...

FAB. El señor paga para que le sirvan en cosas lícitas y honestas... En lo demás...

CAB. (Al Marqués y al Conde.) Pero ¿ustedes ven qué insolencia? O te vas ó te rompo el alma, estúpido...

FAB. ¿A mí estúpido?

MARQ. (Interponiéndose.) Vamos, vamos. Vete, Fabricio.

CONDE (Idem.) Vamos, vete... (Sale Fabricio.)

ESCENA VIII

El CABALLERO, el MARQUÉS y el CONDE

CONDE Vamos, calma... ¿Está usted viendo lo que yo le decía? Cuando se tiene el tejado de vidrio no se pueden tirar chinitas al del vecino... Se expone uno á todas estas cosas...

CAB. (Alterado, al Marqués.) ¿Usted sabe de lo que habla el conde?

CONDE Sé de lo que hablo, sí señor. Hablo de su manía contra las mujeres ¿Y para qué? ¿Para venir á parar á esto? Con pretexto de no poder sufrir á las mujeres intenta usted robarme á Mirandolina... ¡Ah, no! Pues eso, no...

MARQ ¡Ca, hombre, ca! ¡Robarme á Mirandolina!...

CAB. (Al Marqués.) ¿Pero usted sabe lo que dice?

MARQ. (Acobardado.) ¿Que si sé lo que me digo? ¡Según! ¡Según!

CONDE (Al Caballero.) Hábleme usted á mí. ¡A mí! ¿No se avergüenza usted de su conducta?

CAB. De lo que me avergüenzo es de oirle á usted sin decirle que miente como un bellaco...

MARQ. (¡Adiós.) (Interponiéndose.) ¡Señores! ¡Señores! ¡Que no se diga! (Son capaces de matarse aquí mismo.) ¡Señores!

CONDE El bellaco y más que bellaco lo es usted...

MARQ. (Intentando escapar.) Voy á avisar...

CAB. (Sujetándole.) Usted no va á ninguna parte...

CONDE (Idem.) ¡Quieto aquí!

MARQ. (Asustado.) Pero ¿es que ahora la van á tomar los dos conmigo?

CAB. Usted me ha dicho á mí que el conde..

CONDE Usted me ha dicho á mí que el caballero..

MARQ. (Al Conde.) Y usted me ha dicho á mí. . (Al Caballero.) Y usted también me ha dicho horrores... ¡Qué caramba!

CONDE Aquí se trata de que el caballero..!

MARQ. Pero, querido conde, ¿qué le importa á usted que el caballero esté enamorado de Mirandolina? ¿No me ve usted á mí tan tranquilo? ¡Me importa un rábano!

CAB. Yo no amo á Mirandolina... ¡Miente quien lo diga!

MARQ. ¡Ah! Eso de mentir... Yo no lo he dicho... Porque si lo hubiera dicho... ¡Brrr!

CAB. Entonces ¿quién lo ha dicho?

CONDE Lo digo yo, y lo sostengo yo... (Echa mano á la espada.)

CAB. (Al Marqués.) Deme usted su espada, marqués...

MARQ. ¿Yo qué he de dar?

CAB. ¿Que no? (Afianzándose al Marqués.) ¿No ve usted que estoy indefenso y que me insultan? (Quitándole al Marqués la espada y yendo al Conde.) ¡En guardia!

MARQ. (A gritos.) ¡No! ¡No! ¡Que se sale el puño! ¡Que se sale el puño!

CAB. (Comprobándolo y tirando á un lado el acero y al otro el puño.) Esto no es una espada. ¡Esto es un asador!

MARQ. (Recogiendo acero y puño y volviendo á armarlos.) Asador, pero da su avío. ¡Así estoy libre de matar á nadie. ¡Porque con el genio que tengo yo!... ¡Brr!

CAB. (Al Conde.) Deme usted unos minutos para ir por mi espada. Espero que no huirá usted...

CONDE ¿Huir yo? ¿Huir yo, miserable?

CAB. ¿Miserable? (Echando otra vez mano á la espada del Marqués.) Aun cuando tenga el puño roto... ¡Bellaco!

MIR. (Desde la puerta.) ¡Alto! ¡Alto! (Entra seguida de Fabricio y se interpone entre el Conde y el Caballero.)

ESCENA IX

DICHOS, MIRANDOLINA y FABRICIO

MARQ. Por culpa de usted nos íbamos á matar...

MIR. ¡Pobre de mí! ¿Por mi culpa?

CONDE El señor está enamorado de usted.

CAB. ¿Yo enamorado? No es verdad... ¡Miente quien lo diga!

MIR. ¿El señor caballero enamorado de mí? ¡No, señor conde! ¿Cómo había de enamorarse de mí?

CONDE ¡Claro! ¿Usted que va á decir?

MARQ. Esas cosas se ven, se saben...

CAB. ¿Qué se ve? ¿Qué se sabe?

MARQ. Hombre .. ¡Se sabe lo que se ve! Cuando no no se vé, no se sabe.

MIR. ¿Enamorado de mí? Negándolo en presencia mía, hace bien. Porque me mortifica, me humilla, me envilece y me hace ver su firmeza y mi debilidad...

MARQ. ¿Firmeza?

CONDE ¿Debilidad?

MIR. Sí, señores. Yo aborrezco la hipocresía. Confieso que si hubiera logrado que se enamorase de mí estaría orgullosa de mi triunfo. ¡Un hombre que no puede ver á las mujeres, que las desprecia, que las aborrece, es la mejor conquista que una mujer puede intentar. Señores, yo he intentado enamorar al señor caballero y no lo he conseguido. La

verdad es ésta. (Al Caballero.) ¿Es verdad ó no, señor caballero? Lo intenté y no lo conseguí... ¿Es verdad ó no?

CAB. (¡Que tenga que callarme!)

CONDE (A Mirandolina.) ¿Lo ve usted? ¡Calla!

MARQ (Idem.) No tiene valor para decir que no...

CAB. (Al Marqués) ¡Usted qué sabe!

MARQ. Pero ¿por qué la toma usted conmigo?

MIR. ¡Oh! ¡El señor caballero no se enamora. Conoce el arte, los engaños de las mujeres. No cree en las palabras, ni en los suspiros, ni en las lágrimas, ni en los desmayos...

CAB. ¿Es que son mentira las lágrimas y los desmayos?

MIR. ¡Cómo! ¿Pero no lo sabe el señor ó finge no saberlo? ¡Claro que son mentira!

CAB. Pues mentiras así, merecían la muerte...

MIR. Señor caballero, no se excite, que van á creer estos señores que está enamorado de veras...

CONDE ¡Como que no lo puede ocultar!

MARQ. ¡Si se le ve en los ojos!

CAB. ¡No lo estoy! ¡No lo estoy!

MIR. No lo está, señores, no lo está. La señal más cierta de amor son los celos: quien no siente los celos, no ama de veras. Si el señor estuviese enamorado de mí, ¿sufriría, como lo sufrirá, que yo sea de otro hombre?

CAB. (Excitado) ¿De quién?

MARQ. (Pavoneándose.) ¿De quién?

CONDE (Idem) ¿De quién?

MIR. ¿De quién va á ser? Del hombre á quien me destinó mi padre.

MARQ. ¿De Fabricio?

CONDE ¿De Fabricio?

FAB. De Fabricio, sí, de Fabricio. ¡Naturalmente!

MIR. De Fabricio, á quien en presencia del señor doy la mano de esposa. (Da la mano á Fabricio, que alborozado la estrecha.)

CAB. (¡Oh!)

CONDE (Cuando se casa con Fabricio es que no ama al caballero.) Bueno, pues ¡qué le hemos de hacer! Cásese usted y le daré un dote de trescientos escudos...

MARQ. (Está visto que no quiere al conde.) Yo la doto...

MIR. Gracias, señores, pero no tengo necesidad de dote. Soy una pobrecita mujer, sin gracia y sin brío para enamorar á persona de rango. Pero como Fabricio me quiere bien, con él me caso. Cada oveja con su pareja.

CAB. (Excitado.) Sí; mejor es... Yo sé que te he servido de ensayo para tus artes, engaños y ficciones. Me has hecho conocer el poder infausto que tiene la mujer sobre el hombre. Me has convencido, á costa de mi reposo, de que no basta despreciar á las mujeres, sino que es menester huirlas. ¡Cásate con quien quieras! ¡Todo será mentira y farsa, como tus lágrimas, como tus suspiros! (Sale alterado entre el asombro general.)

ESCENA ULTIMA

MIRANDOLINA, el MARQUÉS, el CONDE y FABRICIO

FAB. Bueno, pero... Caramba, pero...

MIR. (Engatusando á Fabricio.) Pero ¿qué?

FAB. (Receloso, pero dejándose convencer.) Que... Mujer, que...

MIR. (Mimosamente.) Mírame, tonto, mírame...

FAB. Si te miro... ¡Ya ves si te miro! Ya ves cómo me pongo! Pero, caramba... Es que también... Hay cosas...

MIR. (Enérgica.) Ni hay ni deja de haber. ¡Ea! O mi mano ó la puerta ¡Escoge!

FAB. ¡Claro está! Poniéndote así. (Cogiéndola de la mano.) Pero después...

MIR. ¡Después, después! ¡Después te querré mucho y se acabó. ¡El tonto éste! Pues no va á tener celos! (¡Ya cayó!) ¡Tonto!

MARQ. Mirandolina, usted hace de los hombres lo que quiere...

MIR. Ahora lo veremos, porque les voy á pedir á ustedes un favor.

CONDE ¡Concedido! ¡No faltaba más!

MARQ. ¡No faltaba más! ¿Qué es?

MIR. Que desde hoy cambien de hospedaje...

FAB. ¡Ahora es cuando me convenzo, ahora!

CONDE ¿Qué le vamos á hacer? ¡Me iré!

MARQ. Y yo también, ¿qué remedio queda?

MIR. Ahora, más que mi conveniencia, he de cuidar mi honestidad. Cambiando estado, cambio de costumbre. Y cuando los señores sospechen de una mujer por las apariencias, piensen que la sospecha no es la verdad y acuérdense de Mirandolina.,.

TELON

Precio: DOS pesetas